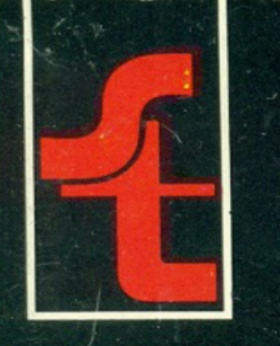


Selección

TERROR

RALPH BARBY

ACOSADA POR SATAN


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

RALPH BARBY

ACOSADA POR SATAN

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 328
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 15.014 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

A Mely no le gustaba poco ni mucho aquella sórdida pensión en la que hacía tres días se había instalado, pero estaba en el casco viejo de la City, lo que equivalía a decir en el meollo de la gran ciudad y, lo que era más importante, cobraban poco. Tenía el dinero muy justo y en aquellos momentos, ningún ingreso, por lo que debía ir royendo sus pequeños ahorros.

La lucha en la gran ciudad, no por ganar la fama, sino simplemente por subsistir, resultaba tan salvaje que era descarnada.

De lo que Mely estaba segura era que no iba a caer en los locales donde sólo servían sexo de consumo. No estaba en contra del sexo, cada cual era libre de hacer lo que quisiera con su sexo; pero ella no iba a venderse.

La habitación olía mal, quizá porque la ventana daba a un patio interior siempre maloliente porque allí se reunían gatos de diversas terrazas o porque los al banales no estaban bien cerrados con los sifones correspondientes. El caso era que hacía mal olor.

La ventilación era escasa y la luz también. Una bombilla de baja patencia estaba pegada al techo.

Se sentía cansada. Había caminado mucho por la City, de un lado a otro visitando muchos lugares y no había encontrado lo que andaba buscando. Se había dado cuenta que como ella había muchas otras mujeres, jóvenes y hermosas, buscando su oportunidad.

Hacía poco que había arribado de la lejana Australia. Mely no era australiana sino inglesa e hija de ingleses emigrantes, pero había decidido marchar de Australia hacia la culta Europa. Estaba llena de inquietudes y sabía que en Australia, ni aun en sus grandes ciudades, podría desarrollarlas.

Se había tendido en su camastro para descansar cuando, de pronto, se abrió la puerta del cuarto y dos sujetos irrumpieron dentro. Uno se apresuró a cerrar y se quedó junto a la puerta.

El otro avanzó y entre despectivo y burlón, silabeó:

—¿Cómo va eso, nena?

—¿Qué hacen aquí?—inquirió ella, sentándose en el camastro.

Estaba segura de haber echado la llave de la puerta; sin embargo, aquellos dos tipos de aspecto nada tranquilizador acababan de entrar tranquilamente

—¿Has oído, Mitch? La nena pregunta que hacemos aquí. Para mearse, vamos.

—¡Fuera, lucra de mi cuarto! —exigió Mely, saliéndole por la boca toda la irritación que llevaba dentro.

—Tú has venido de lejos, ¿verdad? — preguntó uno de ellos. Cogió el bolso de la muchacha y lo abrió, metiendo la mano dentro.

—¡Deje eso, es mío! —gritó ella.

El individuo le dio un empujón y Mely fue a parar a las manos del otro tipo que, burlón, trató de sujetarla, pero ella consiguió zafarse.

—Sois ladrones, ¿verdad? Yo no tengo nada, nada importante, unas pocas libras. Si os hacen falta, cogedlas.

Mely había pensado que aquellos sujetos quizá no se conformaran sólo con robarla y tuvo verdadero miedo.

—¿Qué crees que podremos sacar de la nena, Mitch?

El que vigilaba la puerta masticaba algo, quizá seis o siete pastillas de chicle.

—Depende, si es virgen... Claro que no parece una niña y hoy día es muy difícil encontrar a una que no haya comido plátanos.

—Si os marcháis, no diré nada, nada a nadie —balbució Mely.

—¿Has oído. Mitch? Nos perdona la vida — se rió el que había abierto el bolso.

De su interior sacó unas libras y unos papeles. Al ver su documentación en manos de aquel sujeto, Mely se lanzó sobre ella y se la arrebató, guardándosela por el cuello del jersey que llevaba un cordón que lo ceñía a la cintura

—¿Qué te pasa, nena, no te gusta que sepamos quién eres?

—Si grito, os cogerá la policía.

—Si gritas, si gritas... — se rió aquel individuo que ya la había robado—. Aquí nadie va a venir a salvar a la nena, ¿no es cierto, Mitch?

—La patrona está hiera y si hay alguien en la pensión, se hará el sordo, es lo habitual.

—Ya lo has oído, de modo que será preferible que te portes bien y no te haremos pupa. Mitch es muy bruto y a veces se le va la mano.

—Pero qué queréis?

—Anda, Mitch, dile lo que queremos.

El tipo del chicle explicó con sarcasmo:

—Últimamente el mercado ha bajado mucho con eso del amor libre, pero si las chicas sois jóvenes y bonitas aún os podéis cotizar; claro que si aprendéis algún numerito especial, sola o en compañía de otras chicas, os cotizáis más. No obstante, si fueras nueva, completamente nueva, eso es un «filete» que los árabes pagan espléndidamente bien.

Mely comprendió que aquel par de canallas eran proxenetas o trabajaban para alguna organización de proxenetas y se dedicaban a husmear por las pensiones baratas y por las calles, buscando a chicas más o menos indefensas para convertirlas en ganado del mundo del sexo.

Había oído hablar e incluso había leído algo sobre tipos de aquella ralea, pero no había llegado a suponer lo fácil que sería tropezar con ellos. Andaban buscando a mujeres sin protección para abusar de ellas y luego venderlas como si fueran mercancía.

—Bueno, ¿nos haces una demostración de tus habilidades o tendremos que obligarte?

—Yo no soy lo que pensáis, no soy de la clase de mujeres que os interesan.

Se rieron los dos y el miedo de Mely aumentó. Se sentía atrapada, rodeada

de seres maliciosos y canallescos que no repararían en nada con tal de conseguir lo que deseaban.

—Es estúpido que tratéis de hacerme algo; la policía os cogería.

—¿La policía? Cuando salgas de aquí va no tendrás ganas de llamar a la policía. Nosotros somos maestros en el arte de acostumbrar a las nenas a lo que antes les daba reparo.

—Teddy, será mejor que empecemos nosotros con ella. Después de dos o tres trabajitos, con un poco de palmoteo en sus carnes se pondrá blanda y muy mansa. Verás como luego te gusta la nueva vida, guapa, incluso tendrás más dinero.

Mely sintió un pánico atroz. Sabía que lo que estaban diciendo aquellos canallas podía ocurrir, aunque en sus palabras finales no estuviera de acuerdo. Tenía que escapar, escapar como fuera.

Los dos canallas que al parecer ya tenían llave de la habitación, hasta era posible que la patrona de la pensión estuviera implicada en aquella especie de allanamiento, asalto, casi segura violación múltiple y posterior rapto, un encadenamiento de delitos en los que Mely sería la única y exclusiva víctima, avanzaron hacia ella.

Mely se echó atrás, mirando a uno y otro. Ellos no parecían tener prisa, era como si estuvieran completamente seguros de conseguir lo que habían ido a buscar.

Mely retrocedió hasta la mesita de noche. Sus manos fueron hacia atrás y toparon con el pesado cenicero de grueso cristal. Sin dudarlo un instante, lo tomó y lo lanzó al aire, sorprendiendo a los dos canallas que por un momento pensaron que el cenicero iba contra sus cabezas; mas, el cenicero voló hacia el techo y la bombilla estalló en mil añicos, apagándose, y haciéndose la oscuridad en consecuencia.

—¡Cógela, que no escape, la violaremos en la oscuridad!—gritó el que respondía al nombre de Teddy.

Mely notó la mano de uno de ellos rozándola y no se estuvo quieta. Era como si de pronto hubiera adquirido la ligereza de una gacela acosada por los lobos. Saltó sobre la cama, pegándose a la pared y casi llegaba a la puerta cuando notó que una mano la atrapaba.

—¡Ya la tengo!

Mely lanzó un agudo chillido al tiempo que daba un durísimo puntapié hacia adelante. Debió alcanzar algún lugar delicado de su atacante porque éste lo acusó.

—¡¡¡Uuuuuyy!!!

Mely consiguió llegar a la puerta, abrirla y salir. Unos dedos rozaron su espalda sin conseguir agarrar su jersey. Quien trataba de cogerla tropezó con su compañero y cayó contra el canto de la puerta, golpeándose, mientras Mely se lanzaba escaleras abajo.

—¡Hay que cogerla! — gritó uno de ellos. Mely no supo cuál de los dos.

Mientras bajaba las escaleras corriendo, sabía que en la calle la esperaba la

noche, una noche francamente desapacible. Tenía que correr mucho o la alcanzarían, pues podía oír imprecaciones e insultos y el ruido sonoro de pasos tras ella.

—¡¡Auxilio!! — gritó mientras corría.

No veía a nadie por la angosta calleja. Torció por una esquina y, jadeante siguió corriendo. Los canallas que iban tras ella, babeantes y enfebrecidos, con muchas esperanzas de alcanzarla, se le acercaban más y más.

Mely vio pasar coches a derecha e izquierda, pero ninguno se detenía pese a sus manos levantadas pidiendo ayuda. La noche no era grata para nadie y al parecer tampoco lo era para ayudar al prójimo en apuros.

Mely poseía unas piernas muy clásticas a la par que hermosas, era ágil y excelente corredora, pero va le faltaba el aire. Comprendía que a aquellas horas de la noche nadie la iba a ayudar a menos que encontrara a la policía y ésta no aparecía por parte alguna.

—¡Ahora verás, mala furcia!

Una moto se paró delante de la joven. El hombre que la montaba a horcajadas dijo simplemente:

—Sube.

Mely no se lo pensó dos veces y saltó sobre el sillín posterior de la potente motocicleta. Esta arrancó de nuevo con fuerza, ruidosamente, y cuando Mely volvió su rostro hacia atrás, vio perderse a lo lejos a los dos canallas que la habían estado acosando, no sólo para violarla repetidamente y posiblemente drogaría también a la fuerza, sino para convertirla en una furcia de profesión y ser comercializada en el infrahumano mundo del sexo.

Mely respiró hondo mientras la motocicleta rodaba por la noche de la City, alejándose más y más del peligro. De pronto, quiso saber algo de quién la había salvado y sólo vio un casco amarillo que cubría por entero una cabeza de hombre. ¿Habría escapado de un peligro para caer en otro?

CAPITULO II

La motocicleta se detuvo trente a un bordillo. Ayudándose con las piernas, el hombre lo rebasó subiendo a la acera.

—Puedes bajar —le dijo a la joven.

Mely saltó al suelo y se quedó quieta. Escrutaba aquella cabeza protegida por el casco amarillo como si pudiera ver a través de ella. Se sentía incómoda, derrotada y asustada.

El hombre, que vestía una chaquetilla de cuero, se quitó el casco y dejó ver su noble cabeza de abundante cabello cobrizo claro. Llevaba también bigote y algo de barba. A Mely le pareció muy viril y atractivo, pero sólo pudo decirle:

—Gracias.

—Una chica sola por las calles, en la noche... —Negó con la cabeza, haciendo un ruido significativo con la lengua—. Es peligroso, muy peligroso. No creas que los dos que te perseguían son los únicos.

Mely no pudo más y estalló en un sollozo, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Estás sola?

Ella, sin hablar, asintió con la cabeza.

—¿No tienes adónde ir?

Mely hizo un movimiento negativo.

—Bueno, ya me contarás lo que te pasa si quieres hacerlo. Sube conmigo si lo deseas, tengo un estudio.

Si prefieres ir a una comisaría a poner una denuncia puedes hacerlo.

Mely no respondió. El hombre abrió un portal e introdujo la moto. Se volvió para mirarla mientras balanceaba el casco que pendía de su mano.

Mely fue hacia él, sumisa. El hombre cerró el portal, dentro ya estaba la luz encendida.

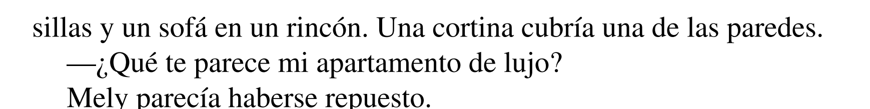
—No hay ascensor. Ah, llámame Leo. Esta es una casa vieja, no es muy alta y se puede vivir. Las hay mejores, sin duda, pero también peores. Vivo solo, pero, no temas, no voy a molestarte. Cuando quieras marcharte sólo tienes que abrir la puerta.

Sin decirle nada. Mely le siguió escaleras arriba hasta que llegaron a la última puerta del edificio, aquello era la buhardilla.

Leo franqueó la puerta de su estudio y encendió la luz.

La estancia era muy amplia y con el techo en plano inclinado según el tejado exterior. Había unos ventanales con cristaleras cubiertas por gruesas cortinas.

Mely pudo ver tres caballetes, maderas y muchas telas pintadas, algunas de las cuales se habían quedado a la mitad del trabajo. El ambiente olía a pintura y podía verse una mesa con una jarra llena de pinceles y varias paletas, unos trapos colgando, y en el suelo, alrededor de la mesa, algunas manchas. También descubrió una nevera grande, una mesa de madera rústica, varias


sillas y un sofá en un rincón. Una cortina cubría una de las paredes.

—¿Qué te parece mi apartamento de lujo?

Mely parecía haberse repuesto.

—¿Eres pintor?

—Sí.

Ella suspiró. Como queriendo distraerse del problema en que se hallaba inmersa, miró algunos de los cuadros.

—¿Abstracto, pop, qué línea sigues?

—No me he definido todavía. La verdad es que no he encontrado el camino, aunque confío hallarlo.

—Entonces, ¿pintas por hobby?

—No, no, pinto por vocación, pero como hay que pagar alquiler de este estudio y llenar la nevera, pinto cuadros para la burguesía bajá, es decir, para los que compran saloncitos o dormitorios con cuadros incluidos. Naturalmente, pinto lo que esta clase de gente compra: Paisajes bucólicos, caballos, perros, bodegonea, en fin, esos temas que puedes encontrar en los escaparates de las tiendas de muebles.

—¿Y te compensa ese trabajo?

—¿Lo dices por el dinero?

—Ajá.

—Pues no. sólo lo justo. También es verdad que no firmo con mi propio nombre.

—¿Por qué? ¿Te da vergüenza firmar esas pinturas que tú calificaste de consumo?

—No, en absoluto. Siempre que hago una pintura, aunque sea para consumo, procuro hacerla digna dentro, como es lógico, del tiempo que tengo para realizarla. Lo que ocurre es que si algún día me hago lamoso, no quiero que esos cuadros que ahora me sacan el sudor a mí puedan hacer ricos a quienes los posean. —Se rió—. Claro que es un absurdo, yo jamás seré lamoso.

—¿Por qué no? Todos tenemos esa oportunidad.

—Soy un vanidoso como la mayoría de los artistas. Por cierto, ¿tú qué haces en tu vida normal, además de correr delante de los que quieren violarle?

—Pues, soy actriz.

Silbó, admirativo.

—Vaya, así que también perteneces al gremio de los hambrientos y depauperados, al gremio de los artistas...

—Hacía teatro underground, aunque he estudiado en una academia de arte.

—¿En el Actor's Studio de Nueva York?

—No te burles, yo estudiaba en Canberra.

—¿Australia? Ya te notaba un acento un poco raro.

—Soy inglesa, pero siendo pequeña, mis padres emigraron.

—Y tú has querido volver. La niebla tira mucho, ¿eh?

—Pienso que Europa, para el arte y la cultura, es más importante.

—A muchos británicos no les gusta oír hablar de Europa. Somos el Reino Unido y lo demás es el continente.

—Arrogancia caduca.

—Tienes razón. Muchos han comenzado a comprenderlo desde que entramos en el mercado común y se dieron cuenta de que no éramos tan importantes. Hemos tenido que unirnos a nuestros hermanos del otro lado del Canal de la Mancha, mal que les pese a muchos.

Abrió la nevera y mientras sacaba de ella varios paquetes, preguntó:

—¿Y no has encontrado trabajo?

—No.

—Bueno, no te desinfles tan pronto, aunque es difícil, difícil para todos, claro. Mis amigos y yo también buscamos la gloria y la plata pintando, pero somos muchos también, ¿sabes? Voy a participar en un concurso.

—¿De pintura?

—Sí. Había pensado participar en un concurso de hambrientos, pero por lo visto todavía me quedan algunas cosas en la nevera. ¿Te hace un poco de sopa y unas croquetas fritas? No tengo pollo en estos momentos ni champaña para brindar a la medianoche.

—Tonto. ¿Me dejas que te ayude?

—Que me ayudes, bueno, pero la invitada eres tú.

Leo encendió un hornillo y Mely se dio cuenta de que el hombre se desenvolvía sin problemas entre pinturas y cazos. No se sentía incómodo dentro de aquel estudio buhardilla donde reinaba una anarquía total.

Un rato más tarde, ambos se hallaban frente a frente en la mesa, consumiendo su frugal cena de medianoche.

—¿Y dices que vas a concursar?

—Sí, pero no creas que es un concurso importante. En realidad, en los concursos importantes, lo mismo aquí que en otras ciudades grandes del Reino Unido y del resto de Europa, sólo entran bien los que ya están en las nóminas de los marchantes que controlan el mundo de la pintura, ganan los que ya han sido elegidos de antemano. Te parecerá una acusación defensiva, pero es cierta, claro que de nada sirve vocearla. Los críticos escriben en las revistas y periódicos diciendo que fulanito o menganito es bueno y la gente paga por los cuadros de ese individuo y no por la pintura de los demás.

—¿Estás amargado?

—No, simplemente quiero que te des cuenta de que no sólo es difícil tu mundo del arte escénico sino también otros mundos profesionales. Verás, hay un tipo llamado Mortimer, que era marchante de tres al cuarto, de esos que van vendiendo los cuadros baratos por las casas e muebles y almacenes de chelín. «Por un chelín, llévese lo que quiera...» — Se rió—. Bueno, ese sujeto ha comprado o ha rentado un local, no sé, el caso es que quiere abrir una calería de arte. No está nada mal su intención, pero quiere que va de entrada se haga popular, que acuda mucha gente.

—Para eso tendrá que exponer cuadros de pintores ya afamados.

—Pues no. Según él, se le ha ocurrido una idea original.

—¿Y es un secreto?—preguntó ella, olvidándose ya de sus problemas.

—Verás, ha merodeado entre los ambientes de los pintores jóvenes que buscamos nuestra oportunidad y ha dicho que piensa seleccionar treinta y cinco telas que pagará a setenta libras cada una.

—No es mucho.

—Sí, no es mucho, pero al que gane el concurso le dará doscientas libras además de las setenta.

—Eso ya está mejor.

—Cien al segundo y cincuenta al tercero. Además, dará publicidad a los nombres de los tres pintores ganadores.

—Entonces sí es una oportunidad. ¿Y será democrática la elección?

—Totalmente. La votación la hará el propio público que tendrá que rellenar un impreso con su identificación para que nadie haga trampa.

—Hum, eso está bien.

—Sí, de momento no está maleado el concurso porque es la primera convocatoria y es posible que sea la última. Todos tenemos que pintar un cuadro de las mismas dimensiones y firmar detrás de la lela y no delante hasta que el concurso sea fallado. Por supuesto, los cuadros pasarán todos a pertenecer al marchante que, en realidad, los compra a setenta libras. Ya ves a qué precio está la pintura: por los sucios.

—¿Setenta libras es lo que más o menos te pagan por pintar un cuadro de esos que tú dices que son para burguesía baja?

—Sí, más o menos, y ese condenado Mortimer lo sabe muy bien porque él los comercializaba.

—De todos modos no pierdes nada haciendo ese cuadro, ¿verdad?

—Eso es, no perdemos nada porque tampoco se podrán ver los nombres de los pintores participantes hasta que se haya fallado el concurso; los cuadros sólo estarán numerados.

—¿Y el estilo es libre?

—Totalmente libre; sin embargo...

—Siempre hay un «pero», ¿eh?

—Hay un tema único para todos, un tema que, en cierto modo, obliga a ser entre figurativo, fantástico y alegórico. Hay que huir de lo abstracto, de lo poco expresivo. Quien vea la pintura debe reconocer el tema de inmediato y sentirse impresionado por él. Quien más impresione, más votos se lleva; el que sea menos expresivo y más hermético, menos votos recibirá. Y si se trata de convencer a muchos visitantes hay que hacer algo simple, que entre por los ojos.

—¿Y cuál es el tema único?

—Él diablo.

—¿El diablo? —se sorprendió Mely.

—Sí, el diablo. Vivimos como un resurgimiento del satanismo, hay demasiada gente aburrida. Mortimer confía en la garra que tiene esa clase de

temas hoy día. Por supuesto que cada pintor verá al diablo a su manera. Me figuro que muchos saldrán con rabos, cuernos y pezuñas, emulando a los diablos del Medioevo.

—¿El diablo chivo?

—Más o menos.

—En vez de cuadros parecerán dibujos para cómics.

—Tengo un gran respeto para el dibujo de cómic que se hace con honestidad, hay excelentes dibujantes en el mundo del cómic; por supuesto, es una cosa distinta a la pintura. No vayas a creer que el tema del diablo es una idea fácil. Hay que pensar primero y luego enfocar bien la obra para que quienes la contemplen puedan asimilarla y se lleguen a horrorizar. Ante el diablo se supone que hay que horrorizarse.

—Sí, pienso lo mismo. El diablo es el mal convertido en ser.

—Eso es.

—¿Y a ti se te ha ocurrido ya alguna idea?

—Verás, no sé si estoy equivocado o no, pero creo que el mal, el diablo o Satanás, como quieran llamarle, ha de verse reflejado por contraste del bien. El diablo, por sí solo, puede estar mejor o peor plasmado, pero si lo vemos en tazón a lo que puede destruir, será más maligno o menos.

—¿Quieres decir que pintando algo bello, a punto de ser destruido por el propio diablo, dará más impresión?

—Exacto, ésa es mi idea. Me gustaría pintar a una mujer muy hermosa, desesperada, cayendo en el vacio mientras sobre ella está la figura del diablo, no demasiado perfilada, gozando de la caída, al tiempo que unas manos como garras parecen ocuparlo todo.

—¿Una mujer que se resiste a caer en la garras del diablo?

—Sí.

—Y tiene que ser bonita, claro.

—Sí.

—¿Ya la ha encontrado?

—Sí.

—¿De veras es bonita?

—Mucho.

—No le habrá sido muy difícil, hay chicas preciosas que son modelos para fotógrafos y pintores. Yo, al buscar trabajo como actriz, he visto a algunas de esas chicas. Ellas, en el fondo, también desean ser actrices.

—Lo que no se es M accederá a posar para mí. Ha de ser muy expresiva y ofrecer una imagen de miedo, horror y desesperación, sin perder su belleza, eso tengo que verlo yo en su rostro y no necesitar imaginármelo.

—Creo que si la chica sabe posar no le resultará difícil adaptarse a lo que pides.

—Verás, es que el trabajo de la modelo puede ser tan costoso como para llevarse mis setenta libras. Nosotros, los pintores de consumo, somos tan pobres que tenemos que imaginarnos a las modelos porque no podemos

pagarlas.

Mely se rió, por primera vez en la noche.

—Eso sí que está bien.

—Verás, si no crees que estoy loco, te lo pediría a ti.

—¿A mí?

—Sí. Las chicas que puedo encontrar en la Isla de Wight, por ejemplo, y que sólo me pedirían un poco de «chocolate» a cambio de posar, jamás me darían una belleza como la tuya, llena de pureza e ingenuidad. Y por si fuera poco, eres actriz y puedes expresar al mismo tiempo el horror ante el diablo.

—Bueno, es que mañana no sé dónde podré estar.

—Por mi puedes quedarte aquí mientras buscas empleo. Si come uno, podemos comer dos. En cuanto a ti, palabra que no te voy a molestar y no es que sea gay, todo lo contrario, sólo que no trataré de aprovecharme de la ocasión. Eso sí, cuando tengas tu empleo, tu apartamento, tu seguridad económica, entonces no te fíes de mí porque soy un erótico de temer.

Mely volvió a reír.

—Cuenta conmigo. Cuando vuelva con los pies cansados de buscar algo de trabajo, posaré para ti, ¡como no tendré que moverme!

—Bueno, no te he dicho que la chica estará cayendo en el vacío gris verdoso, como si se hundiera en las entrañas del averno.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—Es que la chica estará desnuda o, a lo sumo, con algún velo que se le irá desprendiendo para dar algo de etéreo a la imagen y como de que pierde algo de su propio espíritu al caer.

—Como has dicho que no tratarás de abusar de mí, acepto. Eso sí, será un trabajo de artistas, tú el pintor y yo la modelo-actriz.

—De acuerdo. Cuando vengan mis amigos por aquí me van a envidiar y será difícil que no crean que estamos «ligados».

—Por mí, que piensen lo que quieran; lo que me importa es mi propia verdad, mi propia opinión y la tuya, que vas a ser mi compañero.

—Nadie te verá posando, palabra; esto no será ningún local de strip-tease. Si alguien te pide posar, es cosa tuya aceptar o no.

—De acuerdo, pero esta vez lo voy a hacer para...

—No sigas; si vas a decir que es para pagarme el que te haya ayudado un poco, no podré aceptar.

—Entonces, lo haré por hobby; será interesante ver qué diablos pintan tus colegas.

Leo se levantó. Descorrió la cortina que había en la pared y le mostró una cama turca.

—Te la cedo. No es muy buena, pero el suelo es peor.

—Deja que yo duerma en el sofá.

—Ni pensarlo. El sofá es sofá-cama y muy amplio: es viejo pero cómodo. Fíjate.

Manipuló en él y en escasos segundos se convirtió en una amplísima cama

sobre la que se dejó caer.

—Bueno, si es así, no me preocupo.

—No creas, tú también vas a probar este sofá posando como modelo, si no te importa.

—Claro que no, mientras no tenga que colgarme de una bombilla para posar.

Mely ignoraba en aquellos momentos los trágicos problemas que iba a vivir a causa de aquel concurso de pintura cuyo tema monográfico era el diablo. Preocupada por la supervivencia, con muchos problemas encima, Mely no le daba ninguna importancia al diablo ni a los satanistas, fueran por hobby y por convencimiento, pero no habría de pasar demasiado tiempo antes de verse sumergida en un mundo caótico y maligno del que difícilmente se podía escapar.

CAPITULO III

Leo acompañó a la muchacha a la pensión para buscar sus cosas. No había mucho que recoger, una maleta y ropa práctica.

La patrona, una mujer de voz gangosa, maliciosa en todas sus observaciones, le preguntó:

—¿Ya ha encontrado un amiguito que la mantenga?

—¡Bruja alcahueta!—le escupió Mely.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves? ¡Te denunciaré!

—Hágalo, hágalo y yo le diré a la policía lo que pasa aquí. Ponga un letrero en la puerta donde se lea bien claro «trampa para ingenuas».

—Ah, esta juventud está perdida, siempre drogándose... Sois unos viciosos. Fuera, fuera de mi casa, primero págame, págame.

Leo le metió cinco libras en la boca, lo que molestó a aquella mujer sucia que amenazaba con avisar a la policía cuando debía tener mucho que ocultar.

A partir de aquel instante, Leo y Mely llegaron a una gran camaradería.

La muchacha posaba para él y luego se marchaba en busca de trabajo. Mely consiguió algunos contactos en el mundo de la interpretación, pero nada que pudiera considerarse serio.

—¿Cómo va eso, Leo? — preguntó Mely mirando la tela.

—Ya ves, gracias a ti he pintado algo hermoso.

—¿Y yo he puesto esa cara de miedo?

—Sí, lo has representado muy bien. Demuestras miedo, yo diría que horror. Eres una modelo muy expresiva. Cuando vean la tela van a contratarte todos mis amigos. Una buena modelo es la mejor musa que puede tener un artista.

—¿Siempre ha de ser una mujer?

—No. Puede ser un paisaje, terrestre o lunar, un rayo que quede plasmado en la retina aunque sea sólo durante un segundo, un animal o simplemente una idea.

—¿Una idea sirve como modelo?

—Sí, ¿por qué no? Una buena idea es una excelente modelo si se pone toda la atención en captar sus perfiles, su forma, su núcleo. Es difícil de explicar y más para un pintor que se expresa con pinturas y pinceles.

Mely se había puesto una bata larga para cubrirse. Pese a la calefacción que Leo poseía en su buhardilla, una calefacción algo escasa. Mely tenía un poco de frío.

Rodeó el caballete y miró la tela una vez más.

—Pero ¿con el diablo no te atreves?

—Creo que no lo conseguiré, no siempre sale lo que uno desea. A ti he podido pintarte muy bien porque me has ayudado con tu expresión, con tu cuerpo, pero ¿de dónde saco yo al diablo?

—De tu imaginación.

—¿De mi imaginación? Sólo tengo de plazo mañana. Me temo que te he hecho perder el tiempo posando para este cuadro.

—No lo creo. Yo he aprendido a posar y tú me has pintado muy bien Creo que lo que has pintado, por sí solo, ya tiene mucho mérito.

—Podría ser un primer boceto para futuros cuadros. No estaría nada mal centrar tu figura en una tela mayor y volver a pintarte tal como te he pintado aquí. El cuadro tendría mucha garra y podría titularlo «Miedo». Seguro que los marchantes me lo comprarían, hasta me pedirían reproducciones, numeradas, por supuesto. Es una forma de amortizar cuando se vende barato.

—¿Hacer el mismo cuadro muchas veces?

—Sí, solemos hacerlo cuando trabajamos para almacenes y comercios de muebles. Si conseguimos una buena idea o un buen paisaje, lo repetimos muchas veces cambiando sólo pequeñas cosillas para diferenciarlos.

—¿Y los numeráis?

—Los que hacemos esta clase de pinturas como si fuera un taller de artesanía en vez de arte, sí los numeramos, pero de forma que no se note.

En aquel momento llamaron a la puerta con el puño, luego debió de ser una patada a juzgar por el ruido. Leo había decidido desconectar el timbre eléctrico porque le molestaba; prefería que le llamaran por aquel método más primitivo de golpear con la mano.

—¡Un momento!—gritó.

Mely se quedó frente al lienzo inacabado en el que podía verse a sí misma cayendo en el vacio de una sima grande y avernal, mirando hacia lo alto, horrorizada de algo que veía, y Leo fue a abrir la puerta. Steve y su amiga Jo entraron en el estudio.

—¡Hola a los dos! —saludó Steve, cargado con un lienzo cubierto con un papel.

Jo iba detrás de él, contoneando más los hombros que las caderas.

Steve y Jo formaban una singular pareja. El era más de cuatro dedos más bajo que su pelirroja compañera y encima, ésta usaba zapatos de tacón alto que la elevaban unos centímetros más por encima de su amigo.

Steve era uno de tantos pintores jóvenes que ya se daban por vencidos. Sólo esporádicamente hablaba de grandes obras futuras. Se limitaba a pintar lo que le encargaban, pagándole con mezquindad, y se había hundido bastante en el mundo del alcohol y la droga barata, ya que sus cuadros no le daban suficiente para hacerse adicto a la droga dura.

Sus ojos ya no eran claros y limpios como cuando dibujaba y pintaba en las escuelas de enseñanza media y le llenaban los oídos de frases que le halagaban, frases que le auguraban un espléndido futuro que jamás llegaría y ya se había dado cuenta de ello.

Se había dejado una gran melena rizada, barba y bigote que no conseguían ocultar el rictus amargo de su boca.

—¡Ah, está aquí tu musa! —casi gritó Steve, buscando a Mely para abrazarla sin soltar su lienzo.

Mely ya conocía a Steve. Se lo había presentado Leo días antes en un pub y también conocía a la pecosa y pelirroja Jo, que era profesora de filología inglesa, pero tenía muy pocas clases particulares para ir subsistiendo.

—Vamos, vamos, Steve, que vas a estrujar a Mely.

—Y tú la quieres sin exprimir, ¿eh? —Se rió Steve—. Traigo mi lienzo para que me lo guardes hasta mañana.

—¿Y por qué no lo guardas en tu apartamiento?

—Porque allí dormimos tres y no quiero que escupan en mi cuadro. El día que me des un camastro aquí, compartiré esta buhardilla contigo. A ver si Mely se cansa pronto de ti.

—Está bien, déjalo por ahí.

—Es mi diablo, ¿sabes? ¿Has acabado ya el luyo?

—No, aún no. El cuadro está por terminar, no sé si lo conseguiré.

—¿Quieres ver el mío?

—No, prefiero no verlo, luego dirías que te he copiado.

—¿Tú copiarme a mí? Vamos, vamos. Leo, no me des jabón. Tú eres mejor. —Silbó de admiración al contemplar la figura de Mely en el lienzo—. Esto sí que está bien; con razón, te has encerrado aquí con tu musa y no apareces por ninguna parte. Yo, en tu lugar, haría lo mismo.

—No es lo que tú piensas — le objetó Leo.

—Déjalo estar —intervino Mely con desenfado—, que piense lo que quiera.

—Es un cerdo pensando — objetó Jo dejándose caer en el sofá que estaba abierto del todo, pues sobre él había posado Mely tendida como se hallaba en el cuadro, mirando hacia arriba.

En el techo había un papel clavado con una chincheta y en aquel papel había lijado sus ojos la joven para mirar a un lugar concreto como si fuera el diablo.

—Creo que ganaré yo —dijo Steve—. He pintado un diablo que espeluznará.

—Magnífico, yo me conformo con que mi tela guste. Si ganas tú, quiero ser el primero en felicitarte.

—Si gana es porque estaba de «viaje» al pintar el cuadro — rezongó Jo.

—¿Has vuelto a pintar drogado?—le preguntó Leo, molesto y reprobador.

—Pues...

—Anda, dile que sí. Se pegó un «viaje» de miedo, le encontré en la cama al llegar y se había meado y todo. Puaf, estaba hecho una porquería —se quejó Jo.

—No le hagáis caso, es que ella se siente como mi madre, por eso le gusto. Como soy pequeño a su lado, cree que puede hacer y decir lo que quiera de mí. Si pariera un niño, dejaría de dedicarme tantas atenciones.

—Yo no quiero tener hijos, pero si pinta drogado no llegará muy lejos, a lo sumo a la Morgue antes de dos o tres años.

—Muchos artistas han escrito, han pintado, han compuesto música o la han

interpretado tomando un poco de droga blanda — se disculpó Steve.

—Ese no es el camino — le puntualizó Leo.

—No sigas, no sigas, ni que fueras a convertirte en mi conciencia... —Steve dejó el cuadro en un rincón mientras seguía hablando—. ¿Sabes que el ladrón de Mortimer va a conseguir todos los cuadros que quería para su concurso-exposición?

Leo respondió:

—Creí que había muchos compañeros que no querían participar.

—Ay, amigo, cuando los bolsillos están vacíos, sólo queda prostituirse. Setenta libras hacen milagros cuando no se tienen ni tubos de pintura.

—Yo ya le digo que se dedique al mundo del cómic; lo hace muy bien —opinó la pecosa Jo.

—¿Quieres cerrar tu boquita, preciosa? Ya tendrás tiempo de seguir pegándole a la lengua.

—Si vas a insultarme, me voy.

—Siempre peleando como si ya estuvierais casados —rezongó Leo—.. ¿Qué os parece si nos vamos por ahí? — propuso.

—Has de terminar el cuadro—le recordó Mely.

—No, no voy a terminarlo.

—¿No piensas participar?—se asombró Steve, acercándosele.

—He tratado de imaginarme al diablo y no lo he conseguido. Creo que si me pusiera a pintarlo sacaría una cosa vulgar y burda.

—Con la belleza que has pintado —dijo Steve mirando la figura femenina que se hallaba en el lienzo— ya tienes un puesto asegurado en la galería. Al diablo puedes pintarlo como quieras, nadie te lo tendrá en cuenta y siempre te sacarás las setenta libras.

—Steve tiene razón —apoyó Jo, observando el cuadro con detenimiento. Luego, se volvió hacia Mely—. Estás muy bien, querida.

—Me siento tan desnuda como si no llevara la bata —dijo la propia Mely.

—Nosotros, los pintores, estamos muy acostumbrados al desnudo, femenino especialmente, y, la verdad, tienes un cuerpo que es una maravilla. Encontrarte a ti sólo le podía ocurrir al granuja de Leo.

—Lo cubriremos y si os parece, salimos. La tarde es buena, ¿no?

—Sí, es buena, aunque se acercan algunas nubes grandes, muy grandes —dijo Jo.

—Voy a ponerme algo. — Mely se ocultó tras la cortina en la que estaba la pequeña cama.

—¿De veras que no...?

—No — contestó Leo al malicioso Steve.

—Pues, chico, es que eres de piedra. Yo no podría dormir en la misma casa sin hacer nada estando ella tan cerca.

—Eres un cerdo—le reprochó Jo—líjate como el si sabe aguantar.

—Si no lucra poique te conozco, diría que le has pasado a los gay.

Jo se puso en jarras delante de Leo y le espetó:

—¿Por qué no demuestras conmigo que está equivocado?

—No hace falta demostrar nada. Steve sabe que si algún día paso al mundo de los machistas al de los gay, lo voy a preferir a él antes que a otros.

Steve se rió y Jo se dio por vencida, no había conseguido provocarlo.

—Puaf, ya somos dos que tenemos el mismo mal gusto.

Mely no tardó en reaparecer vestida con unos ajustados blue-jeans y un jersey grueso que se cerraba a su cuello alto y muy blanco. Mely poseía una piel blanca y suave, sus cabellos eran de un tono oscuro y no era toda ella muy provocativa, sino hermosa.

—¿Vamos?

Leo había cubierto su lienzo y todos abandonaron el estudio-buhardilla, saliendo a la calle.

Steve poseía un viejísimo coche con el que nunca estaba seguro de poder llegar a su destino. Mely prefirió subir en la moto de Leo, agarrándose a su cintura.

Era el único contacto físico que ambos tenían desde que establecieron su pacto de camaradería. Mely no lo decía, pero se sentía a gusto apretándose contra la espalda del hombre que la había salvado de una situación desesperada.

CAPITULO IV

Mely, bostezando, se dedicó a preparar el desayuno.

El ambiente olía ya a café y Leo continuaba durmiendo en el amplio sofá.

Mely miró al hombre dormido y le gustó. Tuvo deseos de acercarse y pasarle la mano por los cabellos para acariciarlos, mas contuvo su deseo.

No había pensado antes en aparejarse, pero ahora, viendo a Leo tan próximo a ella, tan noble, pues cumplía su palabra de no forzarla pese a hallarse solos en el mismo estudio. Mely se preguntaba qué hubiese hecho si él se hubiera introducido en su cama durante la noche para comenzar acariciando su cuerno y terminar haciéndola totalmente suya, llenándola de besos. ¿Lo habría rechazado, habría tenido fuerzas para escapar o. por el contrario, se habría abrazado a él, entregándose en cuerpo y alma a aquel amor que podía complacerla física y espiritualmente?

Todo eran preguntas en su cabeza.

Fue hacia la mesa; pero antes se detuvo frente al lienzo que seguía tapado sobre el caballete.

Sintió la necesidad de volver a contemplar el cuadro, deseaba ver como la veía Leo a ella. En el primer momento de posar se había sentido un poco violenta, más dándose cuenta de que la mirada del hombre se hacía profesional y no libidinosa, se había relajado y concentrado en la expresión que le pedía el joven pintor.

Al apartar el trapo que protegía la pintura del polvo y de posibles salpicaduras descubrió de pronto que el cuadro ya estaba terminado y sufrió una viva impresión.

—¡Ah!

La cafetera cayó de su mano y el café, humeante, se desparramó por el suelo de madera.

Leo se incorporó sobre el sofá-cama como si Mely acabara de disparar un recorte que le obligara a levantarse.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada — balbució ella con expresión de susto en su rostro.

Retrocedió hasta notar en sus apretadas y bien redondeadas nalgas el canto de la mesa, sin preocuparse de la cafetera caída ni del café que esparcía su aroma en derredor.

Leo, intrigado, se levantó y fue hacia ella, volviéndose para mirar el cuadro.

—¡Dios!

—¿Y decías que no podías imaginarlo? Pues te ha salido demasiado bien.

El cuadro estaba terminado.

La figura de Mely, que caía por el abismo infernal, expresaba verdadero terror mientras sobre ella estaba plasmado el diablo o el Mal hecho ser.

Resultaba muy difícil describirlo; había que verlo para sentir el impacto de

su presencia.

Era un rostro que no estaba dibujado totalmente, un rostro que se confundía con el fondo del lienzo, azul, verdoso y negro, un rostro de grandes ojos rasgados que no se sabía si eran blancos, amarillos o amarillo-verdosos.

Su boca desagradable parecía sonreír de satisfacción. En realidad, aquel rostro se adivinaba o presentía más que se veía. También había unas manos de dedos alargados que casi se confundían con las vetas de las imaginarias paredes de una sima avernal. Las uñas del diablo fosforecían y semejaban gotear sangre.

—Ya me di cuenta de que habías bebido demasiado —suspiró Mely.

—Sí, quizá bebí en exceso, pero no estaba borracho. Además, este ser no lo he pintado yo.

—¿Ah, no, quién lo ha pintado entonces?

—¿Has sido tú?

—¿Yo? — exclamó la joven, sorprendida.

—Bueno, ya sé que no eres pintora, pero hay muchos aficionados o que simplemente han aprendido a pintar en la escuela y son capaces de hacer cosas que sorprenden.

—Te juro que yo no he sido.

—Entonces, ¿quien ha pintado ese diablo sobre ti?

—Pues, tú, ¿quién va a ser? Lo que pasa es que estabas algo bebido y no te acuerdas. Hablabas mucho, hablabas de renunciar a pintar cuadros baratos.

—¿Yo renunciar a pintar cuadros baratos?

—Eso decías y Steve estaba peor que tú.

—¿Steve? Ah, sí, subió aquí.

—Sí. Jo se fue después de una disputa con Steve. ¿No recuerdas la violenta pelea que tuvieron los dos?

—Ah, sí, sí... ¡Ag!

—¿Qué te pasa?

—Uf, ahora me doy cuenta de que tengo jaqueca.

Mely miró el cate derramado y se lamentó.

—Haré café nuevo, lo siento. Me he asustado al ver esa figura tan horrible, no creí jamás que pudiera impresionarme tanto ante una pintura.

Mientras la muchacha se disponía a preparar café de nuevo, Leo examinó el cuadro con mucha atención. La observó a distancia y de cerca pese a que sentía la dolorosa jaqueca que le obligaba a semicerrar los ojos. Miró luego los pinceles y la paleta mientras gruñía por lo bajo.

—Vas a dar el impacto con ese cuadro en el concurso.

—¿Crees que debo llevar este lienzo?

—Naturalmente, para eso lo empezaste y me pediste que posara, ¿no? ¿Crees que me gustaba que mi cuerpo desnudo quedara expuesto a los ojos de muchos mirones si no hubiera pensado que ibas a hacer una obra de arte y no un bodrio pornográfico?

—¿Te molesta que vean tu desnudez?

—¿Piensas que a la Maja desnuda de Goya le hubiera molestado saber que iba a ser contemplada por millones de seres a lo largo de los siglos? Es la inmortalidad para las modelos cuando tenemos la suerte de colocarnos ante los ojos de un pintor genial como tú.

—¿Genial yo? —Leo se rió sarcástico y en seguida torció el gesto a causa del dolor de su cráneo.

Mientras se hacía la infusión, Mely se le acercó para ponerle granos de café en la boca.

—Ve mascando y también te tomarás dos aspirinas.

—Diablos, ni que tuvieras vocación maternal.

—Eso le decía ayer Steve a Jo y acabaron casi a bofetadas. Me supo mal por Jo.

—¿Por qué Jo y no por Steve?

—Pues porque creo que Jo ama a Steve.

—¿Y él a ella no?

—Steve es un hombre derrotado en plena juventud. La verdad, no creo que se rehaga, no tiene tu fuerza y tampoco tu talento.

—No digas eso. Steve es muy bueno pintando, sólo que no ha tenido suerte. No te dejan tener suerte esos malditos marchantes... Te pagan una miseria por cuadro y te hacen pintar aprisa, aprisa, sin que puedas recrearte perfeccionando la obra, si hace falta convirtiendo en boceto lo que ibas a dar por obra definitiva y así hacer uno, diez o veinte bocetos para conseguir al final la obra perfecta.

—¿Como los glandes pintores?

—Claro. De cada cuadro genial, ellos habían hecho antes bocetos y más bocetos. Nosotros tenemos que pegar las narices al cuadro y llenarlos de pintura sin tiempo para nada. El tiempo cuenta cuando te pagan unas miserables libras que apenas te llegan para pagar comida, alojamiento en un lugar sórdido como éste, tubos de pintura y una nueva tela para volver a empezar. No te permiten que tengas el dinero suficiente para poder recrearte en tu obra; es como una esclavitud que no se puede clamar a gritos porque nadie te escucha. No puedes liberarle de estos malditos grilletes, somos esclavos sin futuro por culpa de esos marchantes que venden barato y mezclan cuadros horribles con cuadros que podían haber sido buenos. A ellos les da lo mismo, no entienden de pintura y maldita la falta que les hace.

—Pero tú habrás tenido la satisfacción de pintar algún cuadro bueno.

—Sí, creo que he hecho algunos que puedo calificar de estimables, pero los he vendido tan baratos como los demás. Nadie ha sabido notar la diferencia.

El timbre del teléfono repiqueteó de pronto, llamando su atención. Ambos miraron hacia el aparato, clavado en la pared cerca de la puerta de entrada.

Leo dejó de mirar el cuadro y se acercó para descolgar el teléfono.

—¿Diga?

—¿Leo ?

—Sí. Eres Jo, ¿no?

—Sí, sí, Leo, ven, ven.
—¿Qué te sucede?
—Leo, ven, ven, no puedo más, es horrible, no puedo más...
—Pero ¿qué le pasa? — insistió el hombre.
—¡Ven, ven!—Se escuchó un sollozo y la comunicación se cortó.
Leo miró a Mely que había preparado nuevo café y ésta preguntó:
— ¿Ocurre algo malo?
—No lo sé, me temo que sí.
—¿A Jo?
—Sí, voy a ir a verla.
—Iré contigo.
—No es necesario.
—Sí, sí, voy contigo, puede que sea un problema de mujeres y...
—Bueno, date prisa, me ha parecido muy angustiada.
—Quizá sea un problema nuevo con Steve.
—Es posible, pero creo que le sucedía algo grave.

Mely consiguió que Leo se tomara el café cargado y dos aspirinas para aliviar su jaqueca. Después, rodaron por la City sobre la motocicleta. Leo conducía rápido y con seguridad, sin cometer torpezas propias de sujetos inseguros que quieren reafirmar su personalidad haciendo ruido o adelantando a otros vehículos en lugares inadecuados.

Jo no vivía en el mismo edificio que Steve, pero tampoco estaba muy alejada de su pareja, que, por otra parte, vivía en un apartamento pequeñísimo que compartía con dos jóvenes más.

El apartamento de Jo tenía una sola habitación y no lo compartía con nadie pues era bastante independiente. Steve se había quedado a dormir en él muchas noches, pero no había logrado quedarse en forma fija.

Cuando llamaron a la puerta del apartamento de Jo la vieron a ella en el umbral casi sin reaccionar, como si se hubiera quedado sin sangre en las venas.

—Estás muy pálida — observó Mely.

Jo se abrazó a Leo, al que tenía mucha confianza, y comenzó a sollozar sin articular palabra.

—Vamos, vamos.

Entraron en el pequeño apartamento, decorado sin excesivo orden y con un relativo buen gusto. Mely cerró la puerta y opinó:

—Podría hacerte una tisana.
—El... el... el baño... — musitó Jo al fin, señalando una puerta.
—¿El baño? — preguntó Leo.
—¡¡Sí!! —volvió a sollozar, ahora con más fuerza.

Mientras Leo contenía a Jo, que parecía incapaz de sostenerse, como si hubiera resistido hasta la llegada de sus amigos pero que ya no podía más, Mely fue hacia el baño y lo abrió, metiéndose dentro para ver lo que ocurría.

—¡¡Aaaah!!

Ante aquel grito cargado de sorpresa y horror, Leo soltó a Jo y se acercó a Mely para ver lo que ocurría.

Dentro de la bañera estaba Steve. Había sangre, mucha sangre, sangre que bañaba la porcelana de la bañera e incluso el suelo y las baldosas de la pared.

Steve tenía los ojos cerrados, pero había un rictus de dolor y terror en su rostro. Tenía múltiples cortes, sin duda efectuados con una navaja barbera que estaba allí sobre él, también manchada de sangre. En sus muslos, las venas femorales habían sido seccionadas y también mostraba cortes en el cuello.

No hacía falta tomarle el pulso para darse cuenta de que estaba muerto.

—Sal.

Mely obedeció como un autómata, impresionada por la inesperada y súbita muerte de Steve. El propio Leo había quedado vivamente impresionado ante la horrenda muerte de su amigo.

Se encaró con Jo y preguntó:

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé — respondió la pelirroja.

—¿Cuándo ha ocurrido?

—Tampoco lo sé, Leo. Me he levantado esta mañana y, y... —casi no podía hablar—. Estaba ahí, lleno de sangre... Es horrible, ¿cómo ha podido hacer esa barbaridad?

Leo expulsó el aire de sus pulmones, lenta, muy lentamente, como si le costara un gran esfuerzo.

—¿Has llamado a la policía? — preguntó Mely.

—No, no sabía qué hacer. ¿Cómo ha podido suicidarse y aquí, en mi apartamento?

—Tranquilízate, Jo. Steve tenía problemas y todos lo sabíamos. Se sentía hundido y sin futuro, por eso ensuciaba su cuerpo con el alcohol y las drogas, buscando huir de una realidad que no le complacía. La noche pasada fue tormentosa.

—Yo, yo no había ni imaginado que podría suceder una cosa así. Steve y yo solíamos discutir fuerte, era nuestro carácter, pero luego nos reconciliábamos.

—Leo tenía una fuerte jaqueca.

—Tengo, tengo — puntualizó Leo a Mely que continuó:

—Todos bebimos demasiado.

—Hay que llamar a la policía. Lo comprendes, ¿verdad, Jo?

—Sí, sí, es que yo no me atrevía estando sola...

—No tengas miedo. Nos harán preguntas, eso es todo. Tú responde con la verdad y tendrás menos problemas. Precisamente el problema viene cuando se miente a la policía. Los hombres de la ley se rigen especialmente por la lógica. Si se miente, ellos lo captan y si se entra en contradicciones, vienen las sospechas. No hay que ponerse nervioso y decir en todo momento la verdad. Ayer estuvimos cenando y bebiendo juntos, hubo una disputa y tú, Jo, te marchaste. Steve se quedó un rato más y después nos fuimos los tres a mi


buhardilla.

Mely añadió;

—Steve se marchó de allí después de estar quejándose un rato.

—Yo me lomé dos pastillas para dormir y no me enteré de que entrara en mi apartamento — dijo Jo.

—¿Tenía llave?

—Si

—Eso lo simplifica todo. A él le era fácil entrar aquí con su llave sin que tú te dieras cuenta.

Leo descolgó el teléfono y llamó a Scotland Yard. Recibieron la orden de que nadie se moviera del apartamento, ni nada se tocara, que inmediatamente un coche policial iría hacia allá y así fue.

CAPITULO V

Mely se había enfrascado en la memorización de un texto teatral mientras aguardaba el regreso de Leo, que se había quedado en la comisaría para un interrogatorio que prometía ser pesado.

—Hola — saludó el joven, entrando en el estudio.

—Hola, Leo. ¿Te preparo algo de comer?

—Si puedes darme una taza de consomé y un sándwich, me irán bien.

—¿Todo este tiempo te han estado interrogando?

—No; parecía que querían romperme los nervios. Me han interrogado un poco, luego el inspector se ha marchado porque le reclamaba aleo supuestamente urgente. Al cabo de casi dos horas ha vuelto y ha preferido comenzar desde el principio.

—Comprendo, a ver si te contradecías.

—Sí, es su sistema, pero no tenemos nada que ocultar.

—¿Y Jo?

—Debe pasar visita con el psicólogo forense.

—¿Sospechan de ella?

Leo se encogió de hombros.

—Nunca sabes lo que puede pensar la policía. Jo está muy afectada por el disgusto; tampoco le irá mal que un psicólogo la atienda en estas circunstancias.

—Sí, ha debido ser un trauma levantarse y encontrar el cadáver en la bañera.

Mely se levantó para preparar un poco de comida y dejó el libro sobre una mesa.

—Ha sido suicidio, ¿no es cierto?

—Esperemos que así lo entienda el fiscal. Ahora, los médicos forenses ya habrán sacado constancia de que Steve bebía en exceso y también tomaba otras drogas.

—Es muy triste terminar así, ¿verdad?

—He oído algunos comentarios en la comisaría y, por lo que parece, no es nada extraordinario este tipo de muertes entre los drogadictos, sea cual sea la droga que consuman para escapar de la realidad de sus problemas en vez de enfrentarse a ellos. Suicidios, imprudencias, asesinatos de unos drogados a otros. Luego está el dinero de por medio, aunque éste no era el caso de Steve porque no lo tenía. —Suspiró.

—¿Qué piensas hacer?

—Pues, con respecto a Steve, enviarle una corona.

—No, no me refiero a él sino a ti.

—¿Yo? Pues —se enfrentó con el cuadro que estaba tapado por el trapo— ir a la galería de Mortimer. ¿Sabes que la va a llamar Devil’s Gallery (*Galería del Diablo*)?

—Un nombre sugestivo para un determinado tipo de gente, tiene su garra. Puede hacerse famosa; además, con este concurso tan especial, es posible que vengan los chicos de la prensa.

—Supongo que Mortimer habrá repartido algo entre ellos.

—¿Dinero?

—Nunca se sabe, a veces sólo son promesas que jamás se cumplen. Tampoco vayas a creer que pienso que todos los periodistas se venden ni mucho menos, pero sí creo que algunos sacan extras para irse comprando zapatos, para ellos mismos o para sus coches. —Hizo una breve pausa mientras descubría el cuadro—. ¿Le has puesto tú el trapo?

—Sí. Es un cuadro que al verlo me ha producido miedo, luego se me ha pasado, pero me pone inquieta. Prefiero que esté tapado, lo siento.

—No tienes por qué sentirlo, eso quiere decir que es harto expresivo y en este concurso es lo que importa. Después de comer lo llevaré a la galería; los otros habrán llegado ya. No quiero quedar fuera de plazo, ahora me hacen falla las setenta libras.

—¿Por qué ahora especialmente?

—Pues, para poderle comprar la corona a Steve.

—Y con el cuadro de Steve» ¿qué harás?

—¿El cuadro de Steve? — Volvió su mirada hacia el rincón donde estaba el lienzo cubierto con papel —. No me acordaba de él.

—Lo dejó ahí, quería participar en el concurso.

—Es cierto. ¿Lo viste?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

Leo se acercó a la pintura con intención de quitarle el papel; Mely le contuvo.

—No lo hagas; entrégalo tal cual está; así lo quería Steve. Es mejor que nosotros no opinemos sobre ese cuadro, que sea el destino.

—De acuerdo. Se lo llevaré a Mortimer y le explicaré de qué se trata. Aunque Steve no esté presente, deberá aceptarlo.

—Sí, tiene que hacerlo. A vosotros los pintores, vuestras obras os sobreviven.

—Creo que no pondrá ningún reparo. Como ya el concurso y la propia galería va a ser algo macabra, la muerte sangrienta de Steve le ayudará a la promoción. Creo que se sentirá muy contento y hasta hará votos por que gane el cuadro de Steve; eso le daría más importancia en el mundo de la información.

—Y si gana Steve, ¿qué se hará con el dinero?

—No lo sé, creo que no sabía nada de su familia. Quizá pueda servir para que tenga una tumba decente, pero es algo que se podría decidir en asamblea entre los pintores ¡que participamos en el concurso. Sin embargo, es mejor no pensar en eso ahora, todavía no ha ganado él.

Una hora más tarde salieron con los dos cuadros. Tomaron un taxi y se

dirigieron a la Devil's Gallery que tenía su nombré cubierto con plástico.

Dentro había colegas de Leo que lo saludaron nada más verle. Cada uno de ellos iba con su cuadro bajo el brazo.

Tras una mesa se hallaba Mortimer acompañado de dos sujetos. Los tres alzaron la cabeza un momento para ver a quienes habían llegado. Después, volvieron a fijar su atención en la obra que estaban examinando.

—¿Traes dos cuadros? —le preguntó McAndrew, un sujeto muy pesimista e irónico al mismo tiempo, siempre dispuesto a destruir con palabras y gestos cuanto se le mostrara.

—Uno de los cuadros es de Steve.

—¿Steve, y por qué no lo ha traído él mismo? — inquirió Passer, el otro crítico.

—Es posible que mañana venga la noticia en las páginas negras de los periódicos: «Joven pintor ha muerto en la bañera del apartamento de su amiga. ¿Suicidio, asesinato?

Las palabras de Leo atrajeron la atención de todos, que se mostraron interesados de inmediato.

—¿Dices que ha muerto Steve?

—Sí. Me he pasado mucho rato en la comisaría respondiendo preguntas. Creo que ha sido suicidio en un momento malo para Steve.

—¿Qué hablan ahí de suicidio? —preguntó Mortimer, que parecía tener una oreja atenta a sus asesores, dos críticos de arte que solían criticar en bien o en mal, a gusto del marchante que les ayudaba a sobrevivir económicamente.

—Steve, un joven pintor que, como todos nosotros, quería participar en el concurso, ahora está en la Morgue. Mañana saldrá el asunto en los periódicos, ha sido muy desagradable.

—Sí, hombre, a Steve le conozco bien, he vendido muchos cuadros suyos. Es un buen pintor, digo era— se autocorrigió Mortimer.

—He traído su cuadro, el que quería presentar al concurso. Me lo dijo horas antes de morir.

—Tráelo, tráelo, naturalmente que tienes derecho a participar — se apresuró a decir Mortimer como ya había previsto Leo.

Los jóvenes pintores, a la búsqueda de una oportunidad, se hicieron a un lado para que avanzara Leo con los dos lienzos.

—El de Steve es el que está cubierto por el papel, yo no lo he visto.

—Entonces, respetaremos el secreto hasta el momento de inaugurar la exposición; será una sorpresa.

—Fue el último cuadro que pintó.

—Bien, bien, eso lo especificaremos en el programa. La gente querrá saber cuál es el cuadro del suicida y buscará entre todos los expuestos. ¿Dices que está firmado?

—Supongo que detrás, como usted pidió.

—Bien, bien. ¿Y ese cuadro?

—Es el mío.

—Hum, impresionante, verdaderamente impresionante. Leo, un cuadro magnífico y la chica es... —Se fijó en Mely que se había quedado algo más atrás, junto a los restantes pintores que aguardaban ser atendidos.

—Es modelo provisional y no profesional —puntualizó Leo—, una buena amiga mía.

—Yo entiendo mucho ele cuadros, todos lo sabéis, mucho, y también de modelos.

Los dos críticos, ante las expresiones de satisfacción que lanzaba Mortimer, también aprobaron con vivos asentimientos de cabeza el lienzo de Leo.

—¿Dónde están mis setenta libras?

—Pagaremos después del fallo del público —dijo Mortimer sin darle importancia.

Aquella noticia no gustó a los jóvenes pintores; bastaba verlos para darse cuenta de que no iban muy boyantes.

—¿Y no podría pagar la mitad ahora? — propuso Leo.

—No, no, ahora no.

—Muchachos, ¿quién retira su cuadro conmigo si no cobra la mitad ahora? —preguntó Leo volviéndose hacia sus colegas—. Esto es una aprobación por asamblea.

Comenzaron a levantarse brazos y Mortimer pudo verle las orejas al lobo. Antes de que retiraran los cuadros, cuando estaba viendo que le llegaban telas estimables que llamarían la atención del público que acudiera a la sala de exposición, sin duda buscando algo de morbo, aceptó:

—Está bien, la mitad ahora. Os pagaré con talones bancarios, no llevo ese dinero encima.

Los demás compañeros agradecieron la intervención de Leo aunque silenciosamente. Valía la pena cobrar por lo menos la mitad del compromiso, podrían celebrarlo con una cena sustanciosa.

—El dinero que le corresponde a Steve, vaya acumulándolo. El todavía está en la Morgue, pero cuando lo entierren hará falta ese dinero para una tumba decente.

—Yo me ocuparé de eso —dijo Mortimer que parecía satisfecho pese a tener que firmar los talones bancarios.

—¡Eh, que ya he entregado mi cuadro! —dijo uno de los pintores que estaba allí, hablando con sus compañeros.

Mortimer no dijo nada, pero sabía que también tendría que pagarle. Dar nombre a su galería iba a costarle un buen puñado de libras, pero luego vendría la explotación de la galería y muchos pintores con cierto nombre acudirían a él y entonces les pediría sustanciosos tantos por ciento sobre las ventas.

Estaba seguro de que sería un buen negocio si la llevaba bien y en el almacén siempre podría tener los cuadros de consumo para comercios de

muebles y grandes almacenes.

—Eh, si has posado para Leo podrías posar para todos nosotros. Estamos sedientos de buenas modelos —le dijo a Mely un pintor cuya cabeza tenía tanto pelo y rizado que semejaba que llevara sombrero.

Mortimer semejó caer de pronto en la cuenta de que podía solucionar uno de sus múltiples problemas en aquel mismo momento. Se irguió. Era un sujeto de estatura inedia baja, entrado en carnes. Los michelines le salían en el cuello y a poco que se descuidara, le saldrían también en la calva. Sus ojos se ayudaban con gruesos cristales montados en galas de concha gruesa y oscura.

—¡Señorita!

En realidad. Mely no era la única mujer que allí había, podían verse tres más, dos de las cuales eran pintoras y la tercera acompañaba a otro de los jóvenes pintores que buscaban un futuro con fama o, por lo menos, setenta libras para ir subsistiendo.

—¿Es a mi?

—Sí, sí; Leo, dile que venga.

Leo miró a Mely y ésta le devolvió la mirada, interrogante. Después, ambos volvieron a acercarse a la mesa.

—¿Qué sucede? —preguntó Leo.

Mely se mantuvo a la expectativa.

Mortimer carraspeó:

—Leo, he de felicitarte por la modelo que tienes. Tú que eres pintor sabes lo difícil que es encontrar a una buena modelo, una modelo expresiva que una vez plasmada en el lienzo atraiga las miradas de la gente que contempla los cuadros.

—Sí, lo sé.

—Entonces, has realizado un buen hallazgo.

—Repito que es modelo provisional, no es profesional.

—Exacto —puntualizó la propia Mely interviniendo, ya que la conversación se refería a ella—. He posado para el cuadro de Leo y nada más.

—Claro, claro, nada más, yo no le he pedido que pose. ¿Cómo se llama?

—Mely.

—Bueno, supongo que te llamarás algo más que Mely y te voy a tutear.

—Claro que me llamo algo más.

—Ya, ya tendrás tiempo de decírmelo.

—¿Adónde quiere ir a parar, Mortimer? — preguntó Leo, inquisitivo.

—Mely — Mortimer se encaró con la chica delante de los demás pintores que aguardaban expectantes —. No he contratado todavía personal para la galería.

—¿Y?

—Pues que me hace falta una azafata vigilante, aunque sólo sea para el tiempo que dure esta exposición-concurso.

—¿Y cuánto tiempo será eso?

—Unos días, sólo unos días, claro que si lo haces bien pudría contratarte

de forma tija.

—No es mi aspiración convertirme en azafata de galería de arte.

—Es actriz — aclaró Leo.

—Sólo con ver la expresión del cuadro ya me he dado cuenta de que tenía talento interpretativo —opinó Mortimer—. Supongo que ahora no tienes trabajo.

—Pues... —La joven vaciló y luego preguntó—: ¿Qué tendría que hacer, en realidad?

—Vigilar la entrada de visitantes y responder a las preguntas que te hicieran respecto a los cuadros; eso sí, sin dar información de cuál es el pintor de cada uno hasta que el concurso sea adjudicado. Se trata de vigilar y dar una buena imagen y tú la tienes. Vendrán muchos periodistas que harán fotografías, no está prohibido hacerlas en mi galería y eso dará publicidad. Es posible que tú aparezcas en algunas revistas y puede servirte como promoción si les cuentas que eres actriz.

—¿Y cuánto cobraré?

Mortimer sonrió por primera vez: la fruta ya estaba madura.

—Eso tendremos tiempo de discutirlo y no podrás quejarte.

—Está bien. Si nos ponemos de acuerdo en lo que va a pagarme, vale, pero sólo azafata, que no se le ocurra nada más. Supongo que me entiende.

—Palabra, nada más. Mañana en la mañana pásate por aquí.

Hubo un murmullo entre los pintores, a algunos no les gustó que la amiga de Leo se conviniera en cuidadora de la galería. En cierto modo, ella podía llegar a influir en la votación apoyando el cuadro de Leo; más ya nada podían hacer, Mortimer lo había decidido.

—¿Te ha molestado que acepte? — preguntó Mely a Leo, va ambos en la calle.

—No, pero ¿eres consciente de que Mortimer va a utilizarte?

—Sí. Ya sé que al aparecer en tu cuadro llamará más la atención de visitantes y periodistas. Me reconocerán y me observarán con mayor atención. Tendrá su encanto ver a la modelo cerca, al natural, y poder comparar.

—En la pintura estás desnuda, apenas algún velo que no oculta nada, sino que te hace más sugestiva. Si entra algún tipo con hambre de sexo te va a hacer proposiciones.

—¿Deshonestas? —se rió Mely.

—Naturalmente.

—Le diré que tenemos a un bobby cerca para alteradores del orden público.

—Y si no, usas el extintor de incendios.

CAPITULO VI

Mely se presentó temprano en la Devil's Gallery. La mañana era algo desapacible, lloviznaba ligeramente y hacía frío. Mely se había hecho con un periódico en el que se hablaba de la muerte de Steve. No era normal que se hablara de la muerte de un muchacho, posiblemente suicidado, y menos en la primera página; eran demasiado frecuentes las muertes de jóvenes.

—Ah, hola, Mely, pasa, pasa —le dijo el propio Mortimer. Además de un periódico idéntico al que acababa de comprar Mely, llevaba una revista.

Dentro de la galería, un electricista estaba disponiendo luces y un empapelador tapizaba las paredes en rojo oscuro.

—¿Ha leído lo de Steve?

—Sí, algo. Traen buenos reportajes, fíjate en el de la revista.

En una página de la revista había una fotografía grande. Un hombre estaba en la bañera y tenía la cara tapada; había sangre por todas partes.

—¿Cómo han podido hacerla?

Mortimer se rió.

—Es un montaje. Este tipo que está en la bañera no es Steve, pero como si lo fuera.

—¿Engañan al lector?

—No, eso no. En el texto se advierte que la fotografía es un montaje en el que se reproduce tal como se encontró a Steve, ya que cuando los reporteros llegaron ya se habían llevado el cadáver.

—¿Y Jo?

—¿La compañera de Steve?

—Sí.

—Pues, ella no se opuso, claro qué fue cosa de los reporteros.

—Usted ha tenido que ver en todo esto, ¿verdad? Ha inflado la noticia.

—Digamos que la noticia se ha hecho importante porque yo lo he pedido. Mira, aquí ya se habla de la Devil's Gallery y hay una fotografía mía.

Mely sintió deseos de escupir a aquel sujeto repugnante que no vacilaba en aprovecharse de la sangrienta muerte de Steve para hacerse una publicidad indirecta, pero se contuvo. ¿De qué iba a servirle escupirle lo que pensaba?

—Esto será un éxito seguro. La revista ya habla de la inminente inauguración de la galería donde se expondrá el último cuadro del pintor suicidado que trata de reflejar al diablo. El lienzo podrá ser visto en la Devil's Gallery... — Se rió, satisfecho.

—Sin duda alguna, Mortimer era un ser sin escrúpulos. Debería tenerlo en cuenta mientras estuviera allí. ¿Confía mucho en el morbo de la gente?

—Por supuesto. El morbo es un gran gancho para atraer; fíjate en los filmes de mucho éxito: Un tiburón comiéndose a la gente, vivos devorando a los muertos, misterios inexplicables... Además, están los del movimiento satánico. La gente se aburre y quiere emociones fuertes. Después, están los de

las revistas que tendrán oportunidad de fotografiar algunos cuadros y así darán impacto en sus lectores.

—Aunque la galería se haga popular, los grandes pintores no querrán venir a exponer aquí.

Mortimer se rió.

—Ya lo sé, encanto, ya lo sé, es que no hubieran venido de ninguna forma. Ellos ya tienen sus contratos con las galerías de gran importancia, pero siempre hay pintores intermedios, cuadros más asequibles a los bolsillos de la burguesía media. Sé de antemano que no voy u vender cuadros para que Bancos y grandes financieros aseguren sus capitales, pero la burguesía media también adquiere cuadros que luego puedan subir de valor, cuadros de firmas que prometan. Hay mercado, te lo digo yo, hay mercado.

—Si usted lo dice.

—Sí, lo digo yo. Dentro de un rato aparecerán por aquí McAndrew y Passer, que me ayudarán a distribuir los cuadros por las paredes.

—¿Son los críticos?

—Sí. Ellos sólo me ayudarán, no son empleados míos.

Volvió a reírse astutamente. Mortimer era un zorro, aunque se creía más zorro de lo que realmente era.

—¿Conocerán ellos las firmas?

—Sí, pero no lo dirán a nadie, ni tú misma lo sabrás, es una de las normas del concurso. Tú llevarás un bolsito con las papeletas que irás entregando a los visitantes para que pongan su identificación y el cuadro por el que votan; estarán todos numerados. Después, dejarán caer su voto en el buzón que estará a la salida. Alguno de los pintores o sus amigos pueden pedirte varias papeletas de voto y no debes dárselas, hay que velar por la honestidad del concurso.

—Vigilaré. Por cierto, no hemos hablado aún de mi salario.

—Ocho libras al día. ¿Te parece bien?

—Quince.

—¿Quince? — Silbó—. ¡Ni pensarlo!

—Entonces me voy. Después de todo, si sólo iba a trabajar unos días, la cantidad tampoco puede ser baja.

—Espera, diez.

—Quince — repitió ella, decidida a marcharse.

—De acuerdo, quince — bufó—. Me vas a arruinar.

—Cuando contrate a un empleado lijo le costará más, señor Mortimer.

—Menos.

—Más, piense en los seguros sociales, impuestos, etcétera.

—Está bien, quince, no discutamos más, pero desde la apertura de la galería al cierre. Atenderás también a los periodistas y algunos días te dejaré la llave para que abras o cierres la galería si tengo que hacer en otra parle.

—De acuerdo. No hay ningún contrato firmado, pero si luego no me paga, le arranco los ojos con mis uñas.

—¿No te fías de Mortimer?

—La verdad, creo que no es de liar.

—¿Te ha aleccionado Leo?

—No, no ha hecho falta, me ha bastado con verle.

Los dos críticos de arte no tardaron en llegar y Mely pudo observar como descubrían los cuadros y hacían comentarios sobre ellos. Vio como arrancaban el papel al lienzo de Steve; aquel cuadro les interesaba especialmente.

De pronto…

—¿Ha visto esto, Mortimer? —preguntó uno de los críticos.

—¡Demonios, ese Steve estaba loco!

Mely, intrigada, les rodeó. Y por encima de la espalda de los hombres pudo ver el lienzo pintado por Steve, un lienzo negro por completo.

—¡No hay nada!

Los tres hombres se volvieron hacia ella.

—¿Lo sabía? — preguntó uno de los críticos.

—¿Se trata de una broma?

—Creíamos que había pintado al diablo, como todos.

—Pues de veras estaba loco ese Steve—masculló McAndrew.

—Lo colgaremos junto con los demás —sentenció Mortimer.

Passer inquirió:

—¿Sabe lo que va a hacer?

—Sí. Cada artista ha pintado al diablo como él lo ha imaginado y, al parecer. Steve lo ha visto así, oscuridad y nada más. Es una opinión tan fantástica y tan válida como las demás.

McAndrew advirtió:

—El público puede sentirse atendido.

—No, no, cada cual es libre de expresar su idea como prefiera. Este cuadro está pintado, por lo menos el fondo. ¿No se venden cuadras que tienen una rayita con un piquito y todos dicen que son muy expresivos y profundos? Lo colgaremos y le pondremos el número trece para llamar más la atención. Ya tengo encelados a los chicos de la prensa y si no tuviera el cuadro de Steve, la publicidad bajaría mucho. Algún periodista podrá escribir: «Descubra usted mismo cuál es el cuadro que un artista torturado pintó antes de entregar su alma al diablo que le sirvió de modelo.»

—Señor Mortimer, opino que su actitud con la muelle de Steve es francamente desagradable.

—Mely —silabeó entre cínico y paternal—, tienes que vivir más para entender la vida; hay que sacarle el negocio a todo. Lo mismo han de ganar los que fabrican cunas para bebés que los que construyen ataúdes. Las floristerías venden ramos para novias y coronas para los entierros. Cuando muere alguien que ocupa un puesto importante, los que están por debajo ya aspiran a ese puesto. Hay que pelear. Mely, hay que pelear y aprovecharse de todo lo que se pueda.

—Es usted un...

—Cínico, creo que es el calificativo que me corresponde. Si no lo dijera, sería un hipócrita. Y ahora sigamos con todo este asunto.

Mortimer no parecía enfadarse fácilmente. Lo que a él le interesaba era su negocio, todo lo demás le dejaba frío.

A Mely comenzó a gustarle el trabajo de distribuir cuadros por las paredes.

Mortimer había tomado la precaución de medirlas; por ese motivo había dado unas medidas a las que se habían ajustado los cuadros participantes.

—Esto es alucinante — comentó McAndrew.

—Cuánto diablo —gruñó Passer—. Los hay de todas las caras y formas.

—No se puedo decir que todas las pinturas sean buenas, pero hay muchas francamente estimables. Si de veras hay tantas sectas satánicas como se supone, Mortimer podrá vender un buen puñado de cuadros para que esas sectas decoren sus capillas negras.

—Esto de las modas es el disloque; lo mismo da por el sexo que por lo satánico o por los marcianos de color verde.

—Hay que hacer cosas que se vendan y no arle. ¿No es eso? —les preguntó Mely.

—Señorita, el dinero es quien manda —le respondió Passer—. Mortimer es un comerciante, no un mecenas.

La galería se llenó de cuadros que representaban al diablo y en todos ellos había algo que impresionaba. Ninguno producía hilaridad.

Mely se sintió inquieta, rodeada de todas aquellas pinturas que reflejaban al Maligno. En todas, en más o menos grado, había algo amenazador.

El electricista miraba los cuadros, pero no decía nada, se reservaba sus opiniones mientras hacía su trabajo.

Mely, viendo el despachito de Mortimer abierto y el teléfono sobre la mesa, se acercó a él y sacando una libretita de su bolso marcó un número que tenía anotado.

—¿Jo?

—¿Eres Mely?

—Sí, ¿cómo estás?

—Mal; han venido ya un montón de periodistas. Estoy harta de ellos, si me encontrara bien creo que me marcharía de la ciudad.

—Si tienes algún familiar.

—No. no tengo a nadie, los mandé al cuerno a todos hace algún tiempo.

—Yo estoy en la galería de arte; me han dado un empleo.

—No me digas —se asombró Jo.

—Sí, de azafata. Oye, Jo...

—¿Qué?

—¿Visto el cuadro de Steve, me refiero al que quería presentar al concurso?

—Sí.

—¿Y aprobaste que lo presentara?

—Bueno, yo no me metía en sus asuntos de pintura. ¿Por qué?

—Es que se trata de un cuadro muy especial.

Una mano de hombre cortó bruscamente la comunicación.

Mely, sorprendida, alzó sus ojos y se quedó mirando a Mortimer cuyas pupilas brillaban a través de los gruesos cristales de las gafas.

—Espero que no seas de esa clase de mujeres que se pasan el día pegadas al teléfono.

—¿Le subiría demasiado la cuenta acaso? Si tiene miedo, póngale un candado.

—Tú ibas a contarle a alguien algo sobro el cuadro de Steve, ¿no es cierto?

Ella titubeó y al fin respondió con sinceridad.

—Sí.

—Eso no está bien. Si se sabe que el cuadro más malo de la exposición es precisamente el que ha pintado Steve y sobre el que baso parte de mi publicidad, todo perderá interés y el interés del público se suele transformar en dinero. Formas parte del personal de esta galería.

—Sí, un personal que somos usted y yo.

—Eso es. —Se rió levemente—. Tú y yo, que soy el propietario. Contar lo que sabes significaría traicionar a la empresa.

—Seria todo un caso de espionaje, ¿eh?

—No me molesta que seas irónica, la mayoría de los artistas tenéis esa veta irónica. Tú eres una actriz y, al parecer, estás muy segura de ti misma. La verdad, estoy acostumbrado y creo que aún recibiría más respuestas irónicas y mordaces si los pintorcillos que acuden a mi no estuvieran tan depauperados que apenas les funciona el cerebro.

—Hay que darles lo justo para que sigan pilando, pero sólo lo justito.

—Sí; lo aprendí de las cárceles nazis. —Volvió a reírse.

—Hay muchos tipos como usted que hubieran hecho un magnífico papel dentro de las SS alemanas; de modo que es mejor que vayamos entendiéndonos.

—Chica lista.

—Su sistema de promoción está funcionando, ¿verdad?

—Todavía no he visto los resultados; pero creo que sí. Esta sala tiene que quedar llena de público. Podía haber organizado un concurso de paisajes o de bodegones, pero ¿a quién le hubiera interesado? A la gente le atrae el morbo, vendrán a ver si consiguen escalofriarse y luego, se lo contarán entre ellos.

—Bien, no sabía que podía ser tan importante para promoción publicitaria. No diré nada.

—Estoy invirtiendo muchas libras en todo esto. ¿Crees si no que iba a pagar setenta libras a cada uno de esos pintorcillos amigos tuyos, sin ninguna clase de nombre y que trabajan a precio fijo haciendo cuadros y más cuadros para venderlos baratos? Trato de hacer mi negocio y todos ellos también salen beneficiados; es posible que alguno consiga popularidad, nunca se sabe. Si andan metidos de por medio los reporteros, los pintores saben muy bien que

sean malos o buenos, cuanto más se hable de ellos en periódicos y revistas, más caros se van a cotizar, de modo que no salgo ganando yo solo, sino todos. ¿Qué hay que darle un poco de teatro a la cosa? Pues se lo damos. ¿Qué hay que montar un juego macabro para que el público se divierta? Pues lo montamos; lo que importa es que se hable de la Devil's Gallery.

—Y de los cuadros que en ella se exponen —puntualizó Mely.

—Sí, y de los cuadros que en ella se exponen, pero cuanto más popular se haga la galería más gente vendrá a ver los cuadros aquí expuestos. ¿Queda todo bien claro?

—Sí.

—Magnífico. Tú eres una purista, crees que las cosas se consiguen por las buenas, dando la cara y ya está, pero no, hay que dar muchos rodeos. Por cierto, ¿qué vestido vas a ponerte?

—¿Para qué?

—Pues para estar en la galería y especialmente el día de la inauguración.

—No sé, un jersey y unos pantalones.

—Eso está bien para exposiciones pop, pero aquí acudirá gente de todas clases, un jersey y unos blue-jeans no es lo que te va.

—Entonces, ¿qué? No pretenderá que me pasee desnuda como estoy en el cuadro, ¿verdad?

—No, no. Si fuera una exposición de ambientes de la selva te pediría que te vistieras con piel de pantera; si fuera de ciencia ficción, con un traje espacial o algo por el estilo. En este caso, lo que se impone es una túnica larga hasta los pies. Déjate el cabello suelto, tú lo tienes muy bonito. Píntate los ojos aunque sea un poco exageradamente y cuélgate un collar grande, de esos que llevan medallones con símbolos cabalísticos, algo que encaje con la exposición. Tú eres actriz, ¿no?

—Sí, por lo menos intento serlo.

—Pues haz un poco de interpretación. Paséate como si fueras una sacerdotisa o una diablesa importante, muévete despacio y con aire ausente; procura no pasar inadvertida.

—Me doy cuenta de que usted, invirtiendo poco, quiere conseguir mucho.

—Lógico, es así como se hacen los negocios.

Mortimer la dejó y volvió junto a sus críticos con los que terminaría de montar la exposición.

Mely miró el teléfono y se preguntó qué estaría pensando Jo cuya conversación había sido cortada tan bruscamente por Mortimer.

CAPITULO VII

Mely se encontró a Jo en el estudio de Leo mientras éste pintaba rápidamente uno de aquellos cuadros que le daban para sobrevivir. Lo cierto era que quedaba bastante atractivo, aunque se parecía mucho a otros que ya había pintado anteriormente con un tema similar.

—Hola.

—Te estábamos esperando. Jo dice que la has dejado cortada.

—Sí, Mortimer ha interrumpido la comunicación, no quiere que le suba la factura del teléfono —se quejó Mely, quitándose la chaqueta.

—¿Qué querías decirme? —le preguntó Jo, que tenía grandes ojeras, como de no haber dormido en un montón de horas.

—Bueno, me han obligado a que no diga nada.

—¿Mortimer? — preguntó Leo.

—Sí, dice que debo guardar secreto, se trata del concurso. ¿Viste lo que pintó Steve?

—Sí.

—Insisto, ¿te pareció bien?

—Bueno, su diablo tío me gustó nada, me dio miedo. Creo que lo pintó mientras estaba drogado y ya sabéis que en esas circunstancias pueden hacerse cosas horribles.

—¿Dices que pintó un diablo?—insistió Mely.

—Sí.

—¿Un diablo sobre la tela, un diablo que se podía ver?

—Sí, ¿por qué?

—Pues... bueno, le han puesto el número trece a su lienzo. Cuando inauguren la exposición ya lo verás, Mortimer tiene mucho interés en dar publicidad al asunto de Que el pintor hizo su última obra antes de matarse.

—Ya he leído los periódicos y uno revista — dijo Leo—. Se nota la mano de Mortimer; ha hinchado el asunto.

—Sí, quiere publicidad al precio que sea.

—¿Dices que le han puesto el número trece?

—Sí.

—El luyo es el veinticuatro, Leo; está frente por frente al de Steve.

—Iré a verlo — dijo Jo.

—¿Habéis tomado algo?

—Sí —dijo Leo.

—Creo que me iré una temporada a París—expuso Jo.

—Un cambio de ambiente te beneficiará; yo he venido desde Australia.

—¿Ya habéis quedado de acuerdo en tu salario? —interrogó Leo.

—Sí, y hasta me ha dado cincuenta libras para que me compre una túnica y algunas cosillas más, sin importancia, claro, para que pueda vestirme de acuerdo con la exposición.

—¿Y no te va a molestar que todos te vean desnuda? —le preguntó Jo.

—No, es un arte, aunque ya me figuro que algunos tipos se creerán con derecho a hacerme proposiciones cuando me reconozcan como a la mujer del cuadro que cae en las garras del diablo y se hunde en las siniestras simas del averno.

—A ver si esa exposición sirve para que se hable de nosotros — suspiró Leo.

—Es lo que ha dicho Mortimer, que se hablaría mucho. No sé hasta qué punto llamará la atención del público.

—Si por Mortimer fuera, se habría llevado el cadáver de Steve a la exposición. Creo que lo que pretende es montar una galería del horror al estilo de los museos de cera. En una próxima ocasión pedirá ahorcados o víctimas de la tortura de la Inquisición. Ya veremos qué brillante idea se le ocurre, todo depende de lo que esta exposición llame la atención.

—En el fondo me gustaría que Mortimer fracasara, pero si eso ha de ser a costa vuestra, prefiero que triunfe. — Miró a Jo—. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—No sé. La noche pasada no dormí y tuve unas pesadillas horrendas. Hoy he pasado por una agencia de alquiler de apartamentos y he pedido que me busquen uno.

—¿Quieres abandonar el que tienes?

—Sí. Me va a costar más caro, pero no quiero pasar la noche pendiente de que se pueda abrir una puerta, no lo soportaría.

—Jo, los que se van a la tumba no pueden volver.

—Es lo que yo creía antes, pero ahora ya no estoy segura de nada. Tengo miedo, no sé por qué, pero creó que ha habido algo maligno en la muerte de Steve y no puedo evitar sentirme culpable.

—No debes sentirte culpable de nada — le dijo Leo, tratando de ser convincente—. Steve estaba tocado por su fracaso, su abocamiento a la bebida y a la droga.

—¿Quieres que vaya a tu apartamento? — propuso Mely.

—¿Para hacerme compañía?

—Sí, podrás tomarte un par de pastillas para dormir con toda tranquilidad.

Jo miró a Mely, agradecida, y se levantó.

—Vamos, me hace mucha falta dormir. Si no lo consigo, creo que me volveré loca.

Mely miró a Leo interrogante. Jo se veía muy agotada; quizá más que dos simples pastillas, necesitaba que la viera un médico, especialmente un psiquiatra o un psicólogo como mínimo.

—Os acompañaré — dijo Leo.

—No, no hace falta — le respondió Mely.

—Mejor que sí.

—No — replicó ahora Jo—, ya vamos las dos.

Seguía lloviendo, hacía frío y las calles aún no se habían quedado desiertas

pese a que había oscurecido hacía un par de horas.

—¿Cogemos un taxi? — propuso Mely.

—Si no te importa, caminaremos un poco. El frío me hace bien.

—Podemos entrar en un self-service y cenar algo antes de irnos a dormir.

—No tengo apetito.

—Comer algo te hará bien y puedes tomarte una infusión de tila; te tranquilizará.

Sin fuerzas. Jo aceptó:

—De acuerdo.

Una hora más tarde, habiendo cenado ya frugalmente, llegaron al apartamento. La escalera estaba terriblemente silenciosa, podían escuchar sus propios pasos.

—Dormiré en el sofá —propuso Mely.

—No, la cama es muy ancha, cabemos las dos si no te importa.

Mely miró la cama. Viéndola efectivamente ancha, aceptó.

—De acuerdo.

Jo se tomó dos pastillas de somnífero y pronto comenzó a sentir el peso de sus párpados. Mely la ayudó a acostarse.

La presencia de su amiga tranquilizó tanto a Jo como las dos pastillas y el profundo agotamiento ayudó a que antes de diez minutos durmiera tan profundamente que si se hubiera producido un seísmo, haciendo bailar el edificio, no se habría enterado.

Mely no tenía prisa en acostarse. Estuvo observando el apartamento y escogió un libro para leer un poco, pero no consiguió sumergirse en su temática. Se iluminaba sólo con una lámpara de pie que estaba ligeramente detrás y al lado de la butaca y que le permitía leer. El resto del apartamento quedaba a oscuras y Mely comenzó a sentirse desasosegada.

De pronto, le vino a la memoria la galería, sus cuadros repletos de diablos y, en especial, el cuadro en el que no se podía ver nada, el incomprensible cuadro de Steve, y luego la pintura de Leo.

Se vio a sí misma en el lienzo. Leo había hecho un trabajo excelente, Mely se reconocía totalmente en la imagen de la pintura y. mentalmente, contempló a aquel sorprendente diablo del que el propio Leo no sabía decir nada, un diablo que parecía haber brotado espontáneamente en la tela.

Vio la maligna figura del diablo cargada de realidad, si es que podía emplearse tal palabra; lo que si podía decirse de ella era que merecía credibilidad, que no se veía irreal sino algo factible y por ello impresionaba más. Los ojos parecían mirar realmente y la siniestra boca sonreía con perversa satisfacción.

Mely comenzó a sentir miedo; no lograba quitarse de la mente aquella figura, era como si la tuviera delante. Notó que su cuerpo se enfriaba y sintió estremecimientos en la espalda.

Cerró los ojos como para asegurarse de que ya no veía lo que había estado pensando, lo cual era absurdo, pero ahora vio la imagen del diablo con más

nitidez.

Los ojos amarillo-verdosos estaban fijos en ella y no podía desprenderse de la terrible visión. Se dijo que debía hacer algo que la librara de aquella imagen que la acosaba obsesivamente.

—Mely, Mely...

—¡No, no, no! — Siguió negándose a escuchar la voz que, de pronto, había penetrado en su cerebro.

—Mely, Mely... — insistía la voz grave, casi rota pero dominante, malignamente dominante.

—¡No, no!—sacudió su cabeza negativamente.

—Levántate, Mely, levántate.

No pudo resistirse y se levantó de la butaca en la que prácticamente había estado encajada.

—¡No, tú no existes, no existes!—rechazó la muchacha.

Sacudió la cabeza de nuevo y abrió los ojos. Observó que la lámpara se había apagado; sin embargo, en todo el ambiente del apartamento había una extraña luz rojiza.

Sus ojos buscaron los del diablo y no los encontró, pero la voz insistía.

—Desnúdate, Mely, desnúdate.

—Sí, voy a desnudarme. Quiero acostarme, he de acostarme a dormir.

El miedo comenzó a hacerse doloroso en el cuerpo y en la mente de la joven que se veía incapaz de desobedecer aquella orden?

—Desnúdate, desnúdale.

Mely comenzó a desnudarse y del frío pasó al calor. Toda la ropa que llevaba encima le molestaba.

—Déjame en paz. Satanás, déjame en paz —suplicó sin poder dejar de obedecer.

Se sintió como si hubiera penetrado en una cueva infernal, una cueva donde hacía tanto calor que corría el riesgo de abrasarse.

Comenzó a sudar copiosamente, toda la piel de su cuerpo se perló de finas gotas. Se miró los dedos y por las puntas goteó escandalosamente el sudor.

De sus pezones también se deslizaban ríos de sudor, lo mismo que por las ingles y los muslos.

—Tengo calor, me asfixio — se quejó, sin fuerza.

—Danza, danza todo lo sensual que puedas. Danza como si estuvieras rodeada de hombres sedientos de tu cuerpo joven y hermoso. Danza para provocarlos, para excitarlos, para que su deseo se convierta en un volcán incontenible que lo arrase todo. Danza hasta que piensen en matarse entre ellos para tratar de conseguirte cada uno para él solo.

—No, no...

Se escuchó un terrorífico latigazo que cruzó la salita de parte a parte, un latigazo que Mely sintió quemando en su piel.

—¡Danza o flagelaré tu cuerpo hasta que chorrees sangre!

Se escuchó otro latigazo y notó que el vergajo se enroscaba en sus piernas

desnudas, quemándola. Quiso arrancárselo de la piel en la que parecía haberse incrustado, pero era como un ser vivo, como un reptil largo, delgado y negro que quemaba.

—Danza, mueve tus caderas, agita tus pechos, muévete...

Con las rodillas pegadas una a otra porque el látigo unía sus muslos por encima de ellas, Mely comenzó a ondular sus caderas, a agitar sus senos altos y erguidos.

—Más de prisa, más de prisa, como si delante de ti estuviera el hombre a quien amas. Ese Leo, ese lascivo Leo que alarga sus manos para coger tus caderas, para apretar tu vientre.

—¡ No es lascivo, no!

El látigo se desenroscó de sus piernas y volvió a restallar en el aire. Le cruzó el cuerpo por debajo de los senos y quedó una marca roja que se tiñó de sangre.

—¡Detén tu látigo, detenlo! —suplicó.

—¡Danza!

Ante el temor de ser azotada de nuevo, Mely se movió más y más, sumergiéndose en los sensuales movimientos mientras creía escuchar una música que la ayudaba a bailar, una música que ignoraba de dónde procedía, pero que era maligna como la voz que le mandaba.

Mely danzó como jamás hubiera creído que podría hacerlo. Era pura provocación toda ella, desde los cabellos a los pies.

Cada uno de sus movimientos estaba cargado de ardiente sensualidad.

—Sigue, sigue... Los hombres que te rodean alcanzan tu cuerpo con sus manos y a ti te gusta que te aprieten, que babeen...

—¡No, no!

El látigo volvió a restallar en el aire y la espalda le dolió como si recibiera el golpe.

—¡No, no, nooo! ¡Te odio. Satanás, te odio, te odio, por Cristo que te odio!

Parpadeó de pronto y se dio cuenta de que había un silencio total en derredor.

Volvió a verse bajo la luz de la lámpara de pie y en el suelo estaba el libro que había estado leyendo. No se hallaba desnuda sino vestida, sí, estaba vestida.

—Ha sido un sueño horrible —se dijo—. Me habré quedado amodorrada sin darme cuenta.

Se fijó entonces que el pomo de la puerta giraba a derecha e izquierda como si alguien fuera del apartamento tratara de entrar. Se trotó los ojos, aquello no era un sueño, el pomo se movía.

Despacio, se levantó y en un alarde de valentía se acercó a la puerta y pegó su oído a la misma.

—¿Llamo?—pregunto una voz de hombre.

—No, ya volveremos en otro momento—respondió el otro. Luego, los pasos se alejaron.

Mely suspiró. Ignoraba Quiénes querían entrar en el apartamento de Jo, de aquella Jo que yacía en la cama, tan profundamente dormida que no se podía contar con ella.

Pensó que debía acostarse y tratar de dormir. Le hacía falta un sueño sin pesadillas, un sueño en el que no apareciera aquel diablo del cuadro que la dominaba y aterrorizaba.

Fue al cuarto de baño y no pudo evitar mirar hacia la bañera donde Steve había encontrado la muerte de forma tan sangrienta.

Apartó la mirada de la bañera y se quitó la ropa. Se contempló en el espejo y por debajo de sus hermosos senos, blancos y atractivos, de pezones erectos y punzantes, descubrió una línea roja que le cruzaba la piel. Quedó muy pensativa y volvió a sentir frío.

CAPITULO VIII

En la tarde de la inauguración de la Devil's Gallen acudió mucho público visitante que aguardaba a que las puertas se abrieran de par en par.

Mortimer no había conseguido la presencia de ninguna fuerza viva de la City; tuvo que conformarse con algunos ex funcionarios que buscaban publicidad al precio que fuera y Mortimer les había prometido que saldrían en periódicos y revistas, no de las de más prestigio, pero sí de las que se leían mucho.

Smokings, flashes, reporteros, whisky, asentimiento, de todo había dentro de la galería mientras Mely entregaba los boletos para que pudieran rellenarlos según su criterio.

—Está bien que el resultado sea democrático, es más seguro que preguntar a los entendidos — opinó uno de los críticos de arte—. Señorita, ¿usted es la modelo del...?

—Sí.

El cuadro de Leo obtuvo las máximas alabanzas.

Mely notó que los hombres que habían estado examinando el cuadro de Leo la miraban a ella con mucho interés, como si quisieran comprobar que sus turgencias y redondeces eran las mismas que podían verse en el lienzo y no simple imaginación del artista.

Tuvo la impresión de que la desnudaban con los ojos y se sintió incómoda pero aguantó; había aprendido a hacerlo desde que comenzara a pisar los escenarios tratando de convertirse en actriz.

—¿Es modelo fotográfica también?—interrogó alguien cerca de ella.

—No.

—¿Modelo de alta costura? —preguntó otro.

En pocos momentos, Mely acaparó más atención de ¡os hombres que los cuadros colgados por las paredes, unos cuadros que los críticos prestigiosos no se tomaban en serio.

Algunos de ellos habían declinado la invitación de Mortimer y a éste no le habían sorprendido sus actitudes; sin embargo, había conseguido reunir un buen número de personas en su galería e incluso se había puesto de acuerdo para la presentación de dos libros por parte de una editorial, uno era policíaco y el otro sobre satanismo.

—Se llama Mely, ¿verdad?

La voz no era ahora de hombre sino de mujer, una mujer menuda y seca que disimulaba las arrugas de su rostro pero que ya debía haber dejado muy atrás la cincuentena.

—Sí.

—Mi nombre es Carla Hillock.

—Encantada.

La mujer señaló el cuadro y preguntó:

—¿Es el que pintó el joven que se suicidó? Se llamaba Steve, ¿verdad?

—Pues, no lo sé.

—Tiene que ser él. Ese joven vio al diablo en persona, por eso pudo pintarlo tal como es.

—¿Y cómo sabe usted que es así? —inquirió Mely, a punto de burlarse de aquella mujer.

—Porque yo si lo he visto, querida, y es tal como aparece en el cuadro; por eso digo que el joven que se suicidó lo vio antes de matarse. Lo que no comprendo es cómo pretendía escapar de Satanás después de la muerte.

—Lamento disentir de su opinión, miss Hillock. Steve no vio a Satanás.

—Mely, parece mentira que diga usted eso, precisamente usted que está en el cuadro, mirando con horror al diablo.

—¿A Satanás?

—¿A quién, si no?

—Disculpe, tengo que atender a los invitados

—Un momento, Mely. Veo en sus ojos que no me cree y yo sé lo que digo, lo sé de veras.

—No lo discuto, pero precisamente ese cuadro no lo pintó Steve y yo sí se lo puedo decir con certeza.

—Es muy extraño. —Volvió a examinar el cuadro y después abrió su bolso. Sacando una tarjeta, se la entregó a Mely—. Cuando creas que debes venir a verme hazlo, sola o acompañada, pero yo juraría que ese diablo lo pintó el joven que se suicidó. Estudié bien su caso, su muerte, vi sus fotografías y no puedo equivocarme. Si alguien ha podido pintar bien al diablo, ha tenido que ser él.

Mely la vio alejarse. Aquella mujer pequeña y casi a las puertas de la ancianidad, no parecía haberse molestado. Mely observó la tarjeta y leyó:

«Carla Hillock, médium.»

—Vaya, una médium entre los invitados, sólo falta que hagan una rueda de espiritistas — se dijo.

Después supo que entre los invitados también había dos para psicólogos. Mortimer estaba empeñado en que se hablase de su galería en todas partes, cuanto más popular se hiciera tanto mejor.

—¡Mely, Mely!

—Sí, Mortimer.

—Puedes abrir la puerta.

—¿De par en par?

—Sí, que entren como puedan. Si hay que llamar a la policía, mejor. Ya estarán preparados los fotógrafos para reflejar la apoteosis en sus periódicos y revistas. Ah, también vendrán los de la televisión.

Mely abrió las puertas. Inmediatamente, la gente que esperaba se abalanzó hacia el interior de la sala, inundándola. Aquello era lo menos parecido a un museo o galería de arle de prestigio. Allí parecían caber todos y se empujaban. El público resultaba a todas luces heterogéneo y muchos ojos

quizá buscaban allí la explicación a sus terrores nocturnos.

Mely comenzó a repartir impresos para que fueran rellenados y. de pronto, descubrió a su amiga.

—¡Jo!

—¿Mely!

—Jo, pasa.

—¡Cuánta gente, esto es un éxito!—se admiró la pelirroja Jo.

—Si hay tumulto tendremos que avisar a la policía. Mortimer está contento.

—¿Y los pintores?

—Mortimer les ha pedido que no entren en el momento de la inauguración para que no empiecen a decir cuáles son sus respectivos cuadros. La verdad es que ha amenazado con retirar de concurso al que lo haga.

—Mortimer es un verdadero zorro — opinó Jo.

—Sabía que vendrías. ¿Se quedaron con tu apartamento aquellos dos chicos que trataron de entrar por la noche?

—Sí, creo que sí, no me he preocupado.

—¿Y en el nuevo qué tal te va?—le preguntó mientras, mecánicamente, repartía impresos de votación.

—¿ Dónde habéis colgado el cuadro de Steve?

—Baja la voz, por favor.

—Sí, sí, claro, es un concurso sin firma visible. Es una pena que Steve ya jamás pueda firmar su cuadro por delante. ¿Dónde está?

—Es el trece — le dijo Mely, casi en un cuchicheo.

Jo se paseó entre la gente y Mely la siguió. La verdad era que habrían de confiar mucho en la honestidad del público para dilucidar la votación ya que se había perdido el orden y era muy posible que algunos pidieran varias papeletas de voto.

Algunos de los visitantes también podían ser familiares o amigos de los jóvenes pintores a la búsqueda del éxito.

—No, no es ése — dijo Jo mirando el cuadro número trece ante el que se detenían pocas personas, ya que en él no había mucho que admirar. Los visitantes, en mayor o menor grado, buscaban algo terrorífico en cada tela.

—¿Qué te sucede, Jo?

Jo, desconcertada, palideció primero y después una oleada de sangre le subió al rostro. Al volverse descubrió el cuadro que se hallaba en la pared opuesta y que atraía la atención de la mayoría de la gente.

—¡Ese, ese es el diablo de Steve, ése!

Jo había gritado aquello señalando el cuadro de Leo y llamó la atención de todos, se abrió paso a codazos mientras Mely trataba inútilmente de contenerla.

—Por favor, Jo, contrólate.

—¡Ese es el diablo de Steve, se lo habéis robado, se lo habéis robado!

—¡Cállate, por favor!

—¡Se lo habéis robado tú y Leo, zorra, más que zorra!
—¡¡Jo!!
—¿Qué sucede aquí? —gruñó Mortimer, acercándose, mientras los comentarios se alzaban por encima de los simples cuchicheos.
—¡Ladrones, ladrones!
Jo se había trastornado. Era evidente que todo lo sucedido la había perjudicado gravemente y Mortimer fue la víctima de su crisis nerviosa. Jo agarró el rostro de Mortimer por encima de ambas mejillas, le hundió las uñas en la piel y estiró hacia abajo.
—¡¡Aaagg!!
Aparecieron surcos sanguinolentos en la cara de Mortimer y entro dos de los visitantes contuvieron a Jo que comenzó a gritar en medio de su crisis nerviosa al tiempo que varios flashes relampagueaban.
Los reporteros querían algo que pudiera gustar a sus redactores jefes y hasta uno de ellos cuchicheó al oído de su compañero:
—Ese zorro de Mortimer ha preparado bien el numerito.
Cuando Mortimer se llevó las manos al rostro que le escocía, sus dedos se mancharon de sangre. Resopló colérico y mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo desapareció aprisa hacia su despacho.
—¡Fuera, fuera! —gritaban algunas voces.
Jo fue arrojada a la calle y Mely no pudo hacer nada.
Impresionada por lo ocurrido, miró el cuadro de Steve, vacío, y luego volvió a contemplar el de Leo. Entonces recordó lo que Leo había dicho, que él no había pintado aquel diablo o, por lo menos, no lo recordaba. Después repitió en su mente las palabras de la médium.
«Ese diablo ha tenido que pintarlo Steve...»
—No, Dios mío, no puede ser.
Volvió la relativa calma a la Devil's Gallery aunque los comentarios proseguían. La atención principal se centró en el cuadro de Leo, especialmente después de lo sucedido.
Mortimer no volvió a salir de su despacho. Después de todo, ya había atendido a las personalidades invitadas.
Frente a un espejo, rugía furiosísimo por los inesperados arañazos recibidos.
Mely había mirado repetidas veces el cuadro de Leo y no para ver su propia figura, sino para contemplar la imagen de Satanás que la desasosegaba. Tuvo la impresión de que aquellos ojos malignos no eran pintados sino que tenían vida propia y que se fijaban en ella.
Recordó el sueño y las marcas que le habían salido en el cuerpo y no supo qué explicación dar a todo lo ocurrido.
¿Terminaría volviéndose loca como la desgraciada Jo?

CAPÍTULO IX

—Me parece una tontería.

Mely no pareció molestarse por la opinión de Leo.

—Si no quieres venir, no lo hagas, pero creo que tú también tienes mucho que ver en todo este lío.

—Es cierto que yo no recuerdo haber pintado ese diablo; yo te pinté a ti y luego apareció él. No querrás que consulte a un parapsicólogo, ¿verdad?

—¿Por qué no? Ellos hallan la explicación para muchas cosas insólitas.

—Sí, explican caras que aparecen y desaparecen en el cemento del suelo o de las paredes. Mira, si se montara esa comedia alrededor de mi cuadro, repito, mi cuadro, ya jamás nadie me tomaría en serio. Yo soy pintor y deseo ser pintor siempre, con más o menos fama, pero mi futuro es ser pintor y si monto un espectáculo con ese cuadro, unos se reirán y otros creerán que yo no soy bueno sino que estoy aliado con el diablo.

—¿Empiezas a creer que ése es el diablo?

—Yo no creo en el diablo. Creo en el mal, pero no en el mal lomando una forma concreta, más o menos humanoide o monstruosa.

—Carla Hillock es una médium que identificó de inmediato al diablo. Ella dijo que ese diablo tenía que haberlo pintado Steve.

—Yo no creo en las médium, en los espiritistas ni en nada de todo eso. ¿Lo comprendes?

—De acuerdo, no crees en nada, pero ¿cómo explicas lo ocurrido?

—Pues...

—La verdad. Leo, no sabes cómo explicarlo. Debes aceptar que hay algo de sobrenatural en todo esto.

—Está bien — resopló —, te acompañaré. Las mujeres sois propensas a creer en sucesos extraños.

—Leo, yo intuyo que hay algo maligno en todo esto. Y hay que esclarecerlo y luchar contra todo ello, sea lo que sea. Steve murió por su culpa, estoy segura.

—Steve se suicidó, así lo ha determinado la justicia y tenía droga y alcohol en su cuerpo.

—No te lo discuto, pero el ser que pintó tuvo que ver también con su muerte. ¿Qué me dices de su pintura?

—Estuvo empaquetada. No la vimos; por consiguiente no podemos decir que hubiera algo en esa tela.

—Jo afirma que si, que estaba el diablo que luego apareció en tu cuadro.

Leo se echó a reír, sarcástico.

—No pretenderás que crea que esa figura ha pasado de un cuadro a otro por arte de magia, magia de circo, ¿verdad?

—Cosas más inexplicables han ocurrido.

—Yo no lo creo. Steve estaba ya mal de la cabeza y quizá quiso gastarnos

una broma póstuma. Pudo venir por la noche mientras yo dormía la borrachera y pintarlo.

—Lo habría visto yo.

—¿Y si dormías profundamente? En este apartamento se puede entrar sin demasiados problemas, sólo queda bien cerrado cuando le pongo el cerrojillo, es decir, lo colocaba cuando te pintaba a ti y estabas posando. ¿Pusimos el cerrojillo aquella noche?

—No lo recuerdo.

—Quizá no y lo mismo que luego se metió en el apartamento de Jo pudo venir antes aquí y preparar esta broma macabra.

—No, no lo puedo creer, serian demasiadas cosas en una noche. Venir aquí, pintar, luego irse a casa de Jo y suicidarse... No, no puedo creerlo.

—¿Te es más fácil creer que ese diablo pasó de una tela a otra?

—Aunque parezca absurdo, sí.

—Está bien, te acompañaré a ver a esa charlatana, pero yo estaré de espectador.

—Leo, yo he soñado ya con ese ser.

—No me extraña, os tiene obsesionados a todos; ahora, hasta la prensa le dedica un espacio importante. ¿Será ése el cuadro del pintor suicida? Maldita la gracia que me hace.

Leo, que actuaba con Mely como si la conociera de toda la vida, se había dado cuenta de que no tenía otro remedio que acompañarla a ver a la médium, ya que la joven quería a toda costa encontrar la explicación a lo que ocurría.

—Verás como luego no te disgusta haber visitado a la médium.

—Está bien, pero si se levanta la mesa me voy a reír, no podré evitarlo.

—No cometerás esa grosería, Leo, tú no eres así.

De pronto, golpearon a la puerta. Ambos miraron hacia la hoja de madera.

—¿Quién será?

—Si no abres, no lo sabrás —le respondió Mely. Leo se acercó a la puerta y la abrió. En el umbral apareció la pelirroja.

—Jo...

La muchacha entró en el apartamento como ensimismada, con la mirada perdida. Reparó en Mely y la miró fijamente, con unos ojos que infundieron miedo en la joven Mely.

—¡Ladrones, bastardos!

Leo cerró la puerta y se centró en el apartamento, explicándose.

—No comprendo lo que ha pasado. Yo ignoraba lo que había en el cuadro de...

Jo no parecía dispuesta a escuchar nada. Consigo llevaba una bolsa de cuyo interior sacó una botella que por el tamaño debía ser de medio galón. La destapó y vertió parte de su contenido sobre el suelo, mojando la propia botella.

Mely, que olió de inmediato lo que se había derramado, exclamó:

—¡Gasolina!

Antes de que pudieran hacer nada, Mely mostró un encendedor en su zurda y se echó a reír estentóreamente.

—¡Bastardos, ladrones, por vuestra culpa se mató Steve, vosotros lo matasteis, le robasteis su obra!

—¡Espera, Jo! — le pidió Leo, intuyendo la tragedia.

—¡No, no voy a esperar, nos iremos todos al infierno a ver a Steve y el os preguntará por qué le robasteis su diablo! ¡Es suyo, suyo, sólo suyo!—siguió gritando—. ¡Tú, Leo, se lo arrebataste y luego tapaste su cuadro!

—¡No es cierto, se puede mirar por rayos X!

—¡Mientes, bastardo, ladrón, mientes!

Mely tuvo verdadero miedo al ver como se encendía la llama del mechero.

Leo, comprendiendo que no podría evitar nada, cogió la mano de Mely y estiró de ella con fuerza.

—¡Vamos!

—¡No escaparéis! —chillaba Jo que, evidentemente, había perdido la razón.

Acercó la llama a la botella empapada de gasolina y se inflamó rápidamente.

Leo empujó a Mely hacia la escalera tras abrir la puerta cuando la botella de gasolina estallaba, esparciendo el fuego en derredor. Aquello era realmente una bomba de fuego que se expandió por toda la buhardilla.

Jo quedó convertida en una antorcha humana enloquecida que chillaba de una forma que espeluznaba. Como si ya hubiera contado con incendiarse, corrió hacia Leo para abrazarse a él y así morir los dos quemados vivos.

—¡Cuidado, Leo! — gritó Mely que había descendido tan solo un par de peldaños.

—¡¡Bastardo!! — gritó Jo, echándose encima con los brazos abiertos, dispuesta a cerrarlos alrededor de Leo.

El joven pintor inclinó todo su cuerpo súbitamente y con el dorso del antebrazo dio un fuerte empujón a Jo que, debido al impulso que llevaba, se golpeó contra la baranda y se balanceó por encima de ella sin llegar a poder sujetarse. La rebasó por encima, cayendo al vacío.

—¡¡Nooo!! — gritó Mely.

Jo chillaba mientras caía al vacío con brazos y piernas abiertas como un aspa encendida.

Leo carecía de extintor y pese al luego, entró en la buhardilla. Se pegó al teléfono y llamó a los bomberos.

—¡Vengan rápido, estoy rodeado por el fuego, rápido!

Tras dar la dirección, colgó. El crepitar del luego debía haber sido oído por los propios bomberos a través de la línea telefónica.

Mely sollozaba. Abajo, inmóvil ya, Jo seguía quemándose mientras las llamas prendían a la baranda de la escalera y algunos vecinos que se habían asomado se precipitaban a tirar agua desde los pisos para apagar aquel fuego incipiente.

—¡Qué horrible, Leo, qué horrible!

Leo la estrechó contra sí y la ayudó a bajar la escalera. Cuando llegaban al vestíbulo, el luego del cuerpo de Jo había sido sofocado, estaba empapado de agua y sangre.

Podían escucharse las sirenas de los coches bomba y también de la policía, ya que algunos vecinos debían haber llamado telefónicamente a Scotland Yard.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó un bobby que entró corriendo en la escalera.

Leo, señalando hacia arriba, respondió:

—En mi buhardilla; ya vienen los bomberos.

—Bien, ¿qué ha sucedido? —inquirió el bobby, controlando la situación mientras los vecinos se asomaban a los rellanos y miraban hacia lo alto. Unas niñas chillaban y el humo hacía toser a todos.

—Esa pobre infeliz estaba loca. Se ha presentado con una botella de gasolina y ha pretendido que muriéramos todos.

—Lo tendrá que explicar en comisaría — dijo el agente.

En la calle ya se habían detenido dos camiones y uno de ellos extendía una escalera mecánica que ascendía hacia la buhardilla por su tachada exterior. Desde la calle ya podía verse el luego saliendo por los ventanales.

Gracias a la intervención de los bomberos, la tragedia no se propagó al vecindario.

Las llamas fueron sofocadas y, poco a poco, la noche recobró la calma mientras se cubría con una manta el cuerpo sin vida de Jo.

CAPITULO X

Dentro de uno de los despachos de Scotland Yard, el inspector Barker estaba ceñudo.

Sobre su mesa había varios periódicos y revistas y en todos ellos había fotografías y artículos que hablaban de la Devil's Gallery y de los supuestos poderes diabólicos que encerraba la exposición-concurso de cuadros dedicados al diablo como tema monográfico.

AI otro lado de la mesa, Leo fumaba silenciosamente un cigarrillo. Estaba sombrío, cansado; había ojeras en sus ojos pero no estaba nervioso.

—¿Puede explicar todo esto?

—Sólo puedo decirle lo que ya le he dicho a usted y a los demás inspectores, que no sé más que lo que sabe todo el mundo. Steve y Jo eran mis amigos; Steve, ustedes lo dijeron, se suicidó.

—No lo dijimos nosotros, lo sentenció un tribunal. Había motivos para tal decisión, drogas, las formas de los cortes...

—Yo opino lo mismo. Es más, estaba seguro de que terminaría trágicamente. Lo que no imaginaba era que lo hiciera de una forma tan sangrienta.

—En los suicidas hay de todo. Los discretos que, además, temen al dolor y los que son escandalosos, es como si quisieran que su muerte fuera proclamada a los cuatro vientos.

—Steve podía estar bajo los efectos de drogas, quizá no sabía exactamente lo que hacía.

—Es posible, pero ¿y su amiga Jo?

—Pobre Jo, se desequilibró. ¿Cómo podíamos imaginar que se presentara en el estudio con una botella de gasolina? Por poco consigue quemar a mi amiga Mely y a mí.

—¿Había algo entre usted y Jo?

—¿Se refiere a sexo?

—Sí.

—No, en absoluto.

—¿Podía sentir ella celos de esa otra chica, de Mely?

—No, nada de eso. Se le metió en la cabeza la manía obsesiva de que Steve había pintado un diablo en su cuadro y luego vio que no había nada en la tela. No supo digerirlo bien y ya sabe lo que ocurrió en la galería. Mortimer, el propietario, resultó con el rostro arañado por Jo.

—Sí, eso ha salido ya en las fotografías de la prensa. Si lo que pretendía era dar popularidad a la galería del diablo, lo ha conseguido, todos hablan de ella.

—Ha sido un encadenamiento de sucesos desagradables.

—Hay un montón de personas que claman por que la galería sea cerrada.

—Lo que piden esos puritanos es imposible.

—¿Por qué? —preguntó el policía de Scotland Yard, deseando conocer la opinión de Leo.

—En la galería no ha ocurrido ningún suceso trágico. Steve murió antes de que se inaugurase y Jo murió en mi estudio.

—Pero, todo gira alrededor de esa galería.

—No pueden hacer nada contra ella.

—Es cierto; sin embargo, no es bueno que haya suicidios, son como una enfermedad contagiosa. No me gusta esa galería ni ese concurso. No soy puritano, pero, decididamente, no me gusta. Creo que esa chica, Jo, no va a ser la última que entre en la Morgue.

—Espero que sí.

—Tendremos que poner a un agente delante de la galería. Sólo ha faltado que la prensa hinchara estas noticias. Un joven lleno de tajos dentro de la bañera... Una chica convertida en una tea humana volando por el hueco de la escalera de un edificio... ¿Quién será la próxima víctima?

—No lo sé. ¿Puedo marcharme?

—Quizá sea Mortimer el siguiente. Ese tipo tampoco parece estar muy bien de la cabeza al organizar un concurso tan escandaloso.

—Mortimer sólo es un negociante. Los números son su obsesión.

—Quizá sea usted el siguiente.

—Aún no me he vuelto loco.

—Quizá sea su amiga Mely...

—Inspector, ¿trata de meterme la inquietud en el cuerpo?

—No, pero no me gusta que hayan dos muertos ya y usted, joven, siempre está al lado de la víctima. Me fastidian todos esos cultos satánicos; sólo le falta eso a los desequilibrados mentales y a los drogadictos.

—Esa explicación no es ningún culto al satanismo, inspector, sólo es eso, un concurso. La figura del diablo se ha pintado infinidad de veces a lo largo de la historia, no tenemos por qué dejar de pintarla nosotros ahora.

Leo comprendió que el inspector de policía no tenía nada importante que decirle, pero sí deseaba quejarse y buscaba argumentos para ello.

—Un momento. Ahora que se ha quemado el estudio, ¿dónde vivirá?

—No sé si podrá habilitarse de nuevo el estudio.

—No lo creo. Y si el casero le echa de allí, estará en su derecho: el incendio fue intencionado.

—Pues, que le pida indemnizaciones a Jo, que fue la que trajo la gasolina y quiso quemarlo todo.

—Si el casero hace una denuncia, tendremos que llamarle para que el juez diga si hay negligencia por parte de usted o no.

—Bien, inspector, cuando sepa mi nuevo domicilio se lo haré saber.

—Es su obligación, no me gustaría tener que dar orden para su búsqueda y captura.

Mely le aguardaba, sentada en un banco Je la propia estación de policía.

—¿Has terminado?

—Sí, vamos.

Salieron a la calle.

Hacía un ligero frío, era una mañana desapacible. La gente iba y venía por la city como si nada hubiera ocurrido, la ciudad era un gigantesco monstruo que todo lo devoraba.

—Dentro de un rato se abrirá la galería — le objetó Mely.

—¿Irás?

—Sí.

—Puedes dejarlo, SÍ quieres.

—No, si lo dejara ahora sería como demostrar que estoy asustada y pienso que al final descubriré algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé, quizá sólo termine muriendo como Steve o Jo.

—No digas eso, por favor. ¿Vamos a desayunar?

—Sí, será bueno desayunar ahora — aceptó con un suspiro—. Tengo frío.

—Un buen desayuno te hará pasar el frío — le observó Leo.

Entraron en un snack para desayunar. Mely no sabía explicar lo que deseaba encontrar o descubrir, pero se daba cuenta de que tenía que seguir.

—¿Crees que le robé el diablo a Steve?

—No, estoy segura de que no.

—¿Cómo explicas que pasara de un cuadro a otro?

—Ayer no lo creías posible.

—Ayer aun no había visto volar a Jo convertida en una pira. Su vuelo hacia la eternidad tenía algo de satánico.

—¿Crees entonces que el diablo ha tenido que ver en esto?

—Me resisto a creer en el diablo, pero... — Hizo una pausa y mordió el sándwich que acababan de servirle. Después, volvió a hablar—: ¿Has visto los periódicos de la mañana?

—No.

—El inspector ya los tenía en su despacho. Si Mortimer quería publicidad, se va a salir con la suya.

—Sí, en todas las desgracias terminan enriqueciéndose los granujas.

—El inspector me ha dicho que Mortimer podía ser el próximo.

—¿Crees que habrá un próximo?

—Yo, no, pero el inspector cree que sí.

—Steve y Jo eran una pareja atormentada.

—Ni el propio Mortimer pudo llegar a imaginar que los periódicos harían tanta publicidad. Sólo le faltaría exhibir los ataúdes de Steve y Jo en la galería.

—Para ver los muertos todavía acudiría más gente, la verdad es que hay mucho morboso.

—Por si acaso, no le digas nada. Mortimer sería capaz de comprar dos ataúdes y colocarlos cerrados en la galería poniendo encima los nombres de Steve y Jo aunque no estuvieran dentro.

—No, no diré nada. ¿Iremos esta noche a ver a la médium?

—Si eso te tranquiliza...

—No creo que me tranquilice, pero necesito verla. Esa mujer sabe más que nosotros. Reconoció antes que nadie al diablo de tu cuadro.

—Lo cierto es que me siento como un tramposo, quizá Jo tuvo razón al llamarme ladrón. Ese diablo ni lo imaginé ni lo pinté yo.

—Pero, tú no se lo robaste a Steve, tú no lo pusiste en tu lienzo.

—Pero, trato de aprovecharme de él. Si gano el concurso, no será por haberte pintado a ti, aunque esa pintura haya salido buena, sino por el maldito diablo que atrae al público.

—No pienses más en ello, tú no quisiste robar a Steve. — Miró su reloj—. ¿Vamos hacia la galería? Estará a punto de abrir.

—De acuerdo. Mientras, buscaré un lugar para que podamos dormir. Si puede ser, hablaré con el casero de la buhardilla-estudio. Estará furioso, pero si le digo que pagaré los desperfectos del estudio, quizá acepte que sigamos allí.

—¿Y podrás pagarlo?

Se encogió de hombros.

—No, pero ya pagaré a plazos.

—Pues, ten cuidado con lo que firmas. A lo mejor, intuyendo que te vas a hacer famoso, pretende cobrarte en cuadros. El dinero se devalúa a cada momento debido a la inflación mundial y las obras de arte se revalúan, es todo lo contrario.

Se dirigieron hacia Devil's Gallery y ya a distancia pudieron ver la cola que aguardaba para poder entrar a ver los diablos. Todos o casi todos llevaban periódicos en sus manos.

—Fíjate, es el gran éxito y si acude mucha gente, también vendrán más periodistas.

—¿Crees que cualquier medio es válido para que se hable de uno, para que el nombre se promocione?

—Cualquier medio, no, pero si uno no se ensucia la conciencia, sí. Tú no has provocado estos acontecimientos, tú no tienes la culpa efe nada No te atormentes Leo.

Le besó en ambas mejillas, luego sonrió y se alejó. Leo agradeció aquel par de besos. El, como para no traicionarla, no se había atrevido a tocarla en ningún momento. No la había salvado de unos canallas para aprovecharse él de la paloma fugitiva.

Mely se abrió paso entre la muchedumbre que se agolpaba ante la puerta de la galería. Alguien la reconoció y se escuchaban cuchicheos, hasta pudo oír el «clic» de varias máquinas fotográficas.

Mortimer en persona salió a abrir la puerta y luego cerró. Aún no era la hora de abrir.

—Menos mal, creí que no iba a presentarte — le dijo Mortimer a guisa de saludo.

—He pasado la noche sin dormir.

—Lo siento. He leído todo lo ocurrido en los periódicos, Mely. No te preocupes, puedes dormir al mediodía y luego, a la noche, te repondrás. No dormir una noche no mata a nadie.

Mely se fijó en que Mortimer había tratado de disimular con maquillaje los arañazos que le habían marcado la cara. Debían escocerle, pero la satisfacción ante las grandes colas de público que se formaban para poder visitar su galería le hacían olvidar el suceso.

—Pasa, Mely, pasa, te estaba esperando. Hay unos caballeros que quieren verte.

—¿A mí?

—Sí, son managers — se sonrió—. Se han fijado en ti y me pidieron para que hicieras de modelo fotográfica.

—No soy modelo fotográfica — corrigió.

—Bueno, alguna cosilla podrás hacer, le pagarán bien. Al decirles que eres actriz se han interesado más por ti. Es posible que con ellos encuentres trabajo en el teatro grande. Son tipos importantes, pero yo ya les he dicho que mientras dure la exposición trabajas para mí.

Mely suspiró. Le gustaba la idea de conseguir trabajo en el mundo artístico. Ella también se iba a beneficiar de la expectación causada por aquel concurso del diablo.

CAPITULO XI

La mañana resultó muy pesada pura Mely, que tuvo que atender a gran cantidad de público.

Mortimer llamó a la policía y, al poco, tuvo a un agente de uniforme controlando la entrada, lo que daba a la fachada de la galería un aspecto festivo.

Quienes pasaban caminando por la acera se preguntaban qué era lo que allí ocurría y los que circulaban en coche no podían evitar mirar, como si aquello fuera un cine que presentara un gran estreno.

Mortimer había recibido ya muchas peticiones de compra de aquellos diabólicos cuadros que se exhibían. Otras personas se interesaban por los nombres de los pintores; era éxito completo. La Devil's Gallery había irrumpido en el mundo de la pintura como una explosión.

Mientras repartía impresos de votación. Mely tuvo que responder a muchas preguntas, una gran cantidad de ellas negativamente, pues preguntaban por los nombres de los autores.

Cuando llegó el mediodía, los pies le ardían y estaba exhausta.

—Tengo dos peticiones de entrevistas para televisión —le comunicó Mortimer, eufórico.

—Le felicito.

—Una es la BBC y la otra, la RAI

—Su galería se internacionaliza —opinó Mely.

—Espero que la filmen más televisiones. Se hablará de mi galería en todo el mundo.

—Es lo que deseaba, ¿no?

—Sí. Por cierto, me han pedido que me acompañes en la entrevista.

—¿Yo?

—Sí. Te consideran como parle integrante de la galería; además, eres muy guapa y hay que ofrecer al público imágenes hermosas.

—¿Y qué gano yo en todo esto?

—Popularidad, ¿le parece poco?—Mortimer sonrió pícaramente—. Te estás promocionando más de lo que esperabas. Es posible que hasta le lluevan contratos de televisión. Yo va he dicho que eres una actriz underground y que le ofreciste para posar en uno de los cuadros como favor especial a tu amigo el pintor, pero que no te dedicas a modelo.

—Es la verdad.

—Lo sé. Si dijera una mentira esos de la televisión y la prensa lo descubrirían, claro que en ocasiones interesa soltar un embuste que luego haya de descubrirse.

—¿ Por qué?

—Porque de ese modo hablan dos veces de uno y sólo machacando el nombre es como la gente se lo aprende. Ten siempre presente que la

popularidad proporciona dinero.

—Esa carrera desesperada buscando la fama y el dinero no me gusta.

—¿Haces ascos a la fama y al dinero? Vamos, vamos, sólo puedes decirlo porque eres muy joven o porque seas una perfecta hipócrita. Si es por juventud, no lemas, eso se cura con el tiempo.

—A mí me interesa la interpretación, me satisface interpretar.

—Y cuanto más público tengas delante, mucho mejor, ¿no?

—Claro.

—Pues, a más fama, más público y a más público, más dinero; es una de las acusaciones de la vida. ¿Qué, te vienes a almorzar? Te invito a un buen restaurante. Me traes suerte, Mely, me traes suerte. Estoy pensando que mejor podrías enviar a paseo a ese pintorcillo de Leo. Conmigo podrías hacer grandes cosas.

—Gracias, no tengo apetito.

—Pues, haces muy mala cara. Te haría talla algo de maquillaje, como a mí. —Se tocó los arañazos con mucho cuidado.

—Mi maquillaje es el agua con jabón. Si no le parece mal, me quedaré en el sofá de su despacho.

—Si no quieres ir a comer, puedes quedarte.

—Es que ahora no tengo apetito. Dentro de una hora o poco más saldré a tomar un sándwich; será suficiente para no marearme por la tarde.

—Considérate en tu casa, pero cierra las contrapuertas. Antes de una hora ya comenzará a formarse la cola de la tarde. La verdad es que tendría que ir pensando en poner taquilla, siempre me sacaría unas libras.

Mortimer abandonó la galería, satisfecho de cómo iba todo.

Esperaba comprar alguna revista que saliera al mediodía y que publicara algo sobre lo sucedido. La Devil's Gallery se había convertido en potente loco de la noticia.

Mely se encargó de cerrar las puertas y las contrapuertas para que desde la calle no se pudiera ver el interior de la sala que permanecía cerrada por espacio de tres horas en las que Mely esperaba descansar y recuperar fuerzas.

Solo dos luces piloto iluminaban toda la galería. Las demás luces se hallaban apagadas y tampoco entraba la luz del mediodía, ya que todo estaba cerrado.

Tuvo la impresión de que la temperatura ambiente había descendido pese a la calefacción y notó un escalofrío. Para regresar al despachito donde estaba el sofá, tenía que pasar por el centro de la galería, por entre los cuadros que trataban de representar al diablo según la imaginación de cada autor, y los había francamente sobrecogedores.

La galería, llena de gente, era una cosa; ahora, en la soledad, Mely se dio cuenta de que había hecho mal quedándose sola. Aquél no era el mejor lugar para hallar el descanso que necesitaba.

Siguió avanzando y tuvo la impresión de que cada paso que daba era un obstáculo insalvable, que el camino hasta el despachito se hacía interminable

y, al mismo tiempo, podía oír el ruido de sus propios pasos por las dependencias desiertas y completamente silenciosas. Las paredes rojas, el techo muy oscuro, casi negro mate... La luz era muy escasa, como si se hubiera internado en un santuario dedicado a Satanás o quizá en la misma antesala del infierno.

Sin saber por qué, se detuvo a la altura del cuadro en el que ella podía verse desnuda. Los tenues velos que había encima de su cuerpo, más que cubrirla, realzaban su atractivo.

Todos habían podido contemplar las armoniosas líneas de su cuerpo; sin embargo, Mely no se había sentido incómoda pese a darse cuenta de que muchos habían mirado el cuadro con un interés rayano en la lujuria.

Parpadeó perpleja, sin poder dar crédito a lo que estaba viendo.

En el lienzo de Leo seguía estando ella con expresión horrorizada, cayendo hacia las simas del averno, pero la imagen del diablo, de aquel Satanás que tanto había llamado la atención por su espeluznante realismo, había desaparecido.

Por unos instantes, Mely pensó que era un efecto de luz y se acercó más a la pintura. Continuó sin ver la imagen del diablo. Acercó sus dedos a la superficie del cuadro como queriendo confirmar que allí no estaba por los gruesos de la pintura, pues Leo era de los pintores que utilizaban más la espátula que el propio pincel

De pronto, comenzó a escuchar una risa. Era una carcajada lenta, profunda, como si brotara de entre unas rocas, como si escapara de algún lugar escondido. Sin embargo, Mely tenía la impresión de que aquella risa casi amenazadora estaba tras ella.

Se volvió...

—¡Ah!

Acababa de enfrentarse con el cuadro de Steve, aquel cuadro ante el cual los curiosos desfilaban perplejos, que no había más que oscuridad.

Allí, allí estaba la imagen del diablo. Era la misma que había estado en el cuadro de Leo y ahora acababa de pasar al cuadro de Steve. Se reía y Mely estaba segura de que aquellos ojos no eran pintados, aquellos ojos malignos veían, la miraban a ella mientras la boca despiadada, bestial por su forma y por lo que expresaba, se reía.

—¡No es posible!

Retrocedió aterrada, casi trastabilló.

De súbito, la imagen desapareció del cuadro de Steve y la risa volvió a sonar a su espalda, obligándola a girarse de nuevo.

—¡¡Ah!!

El diablo volvía a estar en el cuadro de Leo, sobre la figura que la representaba a ella cayendo en el vacío.

El maligno movió su mano en el lienzo y alargó aquellas uñas casi fosforescentes hasta atrapar el cuerpo pintado de la mujer. La cogió por la cintura, rodeándola y oprimiéndola.

En la realidad, Mely se sintió de pronto apresada también por la cintura por una mano que no veía, una mano grande que quemaba, una mano que la oprimía más y más, asfixiándola.

—¡No, no, suéltame, suéltame!

Se apartó del lienzo y no era fácil. Una fuerza invisible la atraía hacia la pintura como si pretendiera sumergirla en ella.

Sus piernas comenzaron a doblarse mientras su rostro se amorataba, entrando en la asfixia.

—¡Dios mío, ayúdame!—suplicó, casi sin voz.

La presión en su cuerpo aflojó de súbito. Mely, tambaleándose, corrió hacia la salida mientras las carcajadas se multiplicaban. Era como si todos los diablos pintados hubieran cobrado vida y se rieran de ella.

Tenía la sensación de que todos pretendían apresarla con sus garras. Mely estaba despavorida, la angustia inundaba su cuerpo mientras corría y corría y era como si lo hiciera sobre un suelo de rodillos que la mantuvieran siempre en el mismo lugar.

Al fin, consiguió alcanzar la puerta. Abrió con desesperación y salió a la calle, cerrando tras de sí y escapando a las carcajadas satánicas de la Galería del Diablo.

Como si fuera un pez sacado del acuario, abrió mucho la boca para respirar mientras se llenaba los ojos de luz solar, una luz tamizada por el cielo nuboso e invernal de Londres, pero que era maravillosa comparada con la luz de la galería.

Una mano la cogió por el brazo.

—¡Ah!

—¿Le ocurre algo, señorita?

Cerró los ojos y suspiró con alivio al ver que era un agente de policía un, bobby joven, alto, fornido y servicial.

—No, no, va me encuentro mejor.

—Si quiere que la acompañe a algún sitio — se ofreció. Antes de que ella pudiera responderle, añadió—: Sé que trabaja en la galería, la he visto repartir los impresos y también he visto el cuadro en el que está usted pintada. Es un buen cuadro, de veras, aunque eso de pintar solo diablos, no es de mi gusto. Lo mejor de la galería es usted, sin duda alguna.

—Gracias, gracias. Estoy algo cansada y creo que me hace falta comer un poco —dijo, disculpándose, mientras se alejaba del agente que quedó en la acera frente a la Devil's Gallery.

CAPITULO XII

Leo llegó a última hora de la tarde a la Devil's Gallery.

Ya no había cola de visitantes, pero dentro de la galería había un numeroso grupo de público con templando los lienzos.

—¿Dónde está Mely?

—¿Mely? Eso pregunto yo —gruñó Mortimer—. Me he pasado toda la tarde repartiendo yo los impresos... Dile que no voy a pagarle por no presentarse. — Luego, resopló con fuerza y rectificó —: Mira, mejor no le digas nada. Tiene que venir conmigo a varias entrevistas de televisión, la reclaman. ¿Sabes que tu cuadro y esa chica se han convertido en las estrellas de mi galería?

Abrió una revista de par en par y le mostró el póster central en el que se veía al diablo y a Mely cayendo.

—Fantástico, se han dado prisa en trabajar.

—Todos se preguntan quién es el autor. Cuando se sepa tu nombre, prepárate a pintar como un loco. Mi galería ha sido tú éxito. La primera exposición de tus cuadros tienes que hacerla obligatoriamente en mi galería, muchacho; yo te lanzaré a la fama.

—¿Eso está estipulado en algún contrato?—preguntó Leo buscando a Mely con la mirada.

—No, pero me lo debes, yo te lanzo a la fama. ¿Cuándo ibas a soñar tú que un cuadro tuyo pudiera salir como póster a doble página en una revista de gran tirada?

—Ya hablaremos de eso en otro momento, Mortimer; ahora busco a Mely.

—Pues, no está. Me ha dicho que quería descansar aquí este mediodía y cuando he regresado por la tarde, ella no estaba y el público quería entrar. He pensado que se había ido a almorzar, podía haberme dejado una nota cuando menos. Si la encuentras, dile que mañana venga a primera hora.

—De acuerdo, se lo diré.

Leo abandonó la galería, preocupado. Salió a la calle y echó a andar con las manos en los bolsillos cuando una figura femenina casi se le echó encima, sorprendiéndole.

—¡Leo, Leo!

—¡Mely!

—¡Leo, vámonos, vámonos de aquí!

—¿Qué sucede; Mortimer te ha hecho algo desagradable?

—No, no, no ha sido él.

—¿Quién, entonces?

—Tengo miedo, Leo, miedo de verdad.

—¿Miedo, de qué?

—De los cuadros.

Instintivamente, Leo miró hacia la puerta de la galería. Después, cogió a

Mely rodeándole la espalda “con su propio brazo y ambos echaron a andar.
—Mortimer te buscaba; está molesto porque no has ¡do esta tarde por la galería.
—Tengo mucho miedo, Leo, he huido de allí dentro.
—¿De veras te encuentras bien? —le preguntó inquisitivo, deteniéndola en mitad de la calle.
—Ya no lo sé. Dormí muy poco, como mal y estoy muy nerviosa, creo que me voy a volver loca.
—Vamos, entraremos en una cafetería. Dos cafés y un poco de leche con azúcar y una copa de whisky te reanimarán.
—Es que...
—No protestes y vamos.
Después de tomar todo lo que le hizo ingerir Leo, Mely se sintió algo mejor, pero su rostro no expresaba tranquilidad ni placidez.
—Deberías dejar ese trabajo y no pensar más en esos diablos, sólo son pinturas.
—Ese diablo pasó de un cuadro a otro, te lo juro.
—Estabas muy agotada.
—Sí, ahora sólo falta que me digas que vaya al psiquiatra.
—Debes hacer un esfuerzo por reponerte, Mely.
—Tenemos publicidad y algo de nombre, a mí ya me han ofrecido varios contratos y a ti te lloverán los encargos en cuanto se sepa que eres el autor del cuadro que más llama la atención. La verdad, estoy ansiosa por liberarme de todo esto.
—Sólo veo la forma marchándonos de Londres.
—No. creo que lo mejor es hacer lo que teníamos pensado.
—¿Visitar a la médium?
—Sí.
—¿ Estás segura de que es eso lo que quieres?
—Sí, deseo llegar hasta el final. Tengo pánico, pero he de ser fuerte y llegar al final
—Me preocupas, me preocupas mucho.
—¿Crees que el inspector de policía va a ser profeta?
—No, no puede ser, no lo soportaría.
—¿No lo soportarías?
—No, Mely, no lo soportaría porque me he enamorado de ti.
—Y yo de ti.
—Pues, podías habérmelo dicho.
—Esperaba que tú me lo confesaras antes —se sonrió ella.
—Ahora que no tenemos donde dormir...
—Un hotel sirve.
—Un hotel no tiene sofá y cama aparte.
—Si todo sale bien, con una cama bastará. Ahora, vamos.
Abandonaron la cafetería y se dirigieron a la casa de la médium Carla

—Te esperaba, querida. He leído todo lo que periódicos y revistas han publicado sobre esa galería. Dos muertes ya, ha sido horrible, pero pueden haber más. Es como si Satanás quisiera desentumecerse y estirar sus alas para caer sobre nosotros.

Mely miró significativamente a Leo y ambos siguieron a la menuda Carla que les condujo a una salita casi vacía de muebles, pues en el centro sólo había una mesa redonda y tres sillas. La estancia era octogonal, tenía tres puertas y las paredes estaban tapizadas en colores oscuros.

—Parece que nos estuviera esperando.

—Sabía que vendríais, sentaos.

—Antes de sentarme, tengo que decirle., —advirtió Leo.

—Que no crees en adivinadoras, profetas, etcétera.

—Sí — asintió con voz apagada; la médium se le había adelantado.

—No te preocupes, eso es normal. Además, con los años aprenderás una cosa importante en la vida.

—¿A creer?

—No. simplemente a sentirte inseguro. Los que piensan que los años dan seguridad, se equivocan; lo que sí aprendemos es a disimular esa inseguridad. Ahora, pongamos las manos sobre la mesa, con las palmas hacia abajo.

—Insisto, no voy a creer nada de lo que aquí ocurra —advirtió Leo.

La médium sonrió beatíficamente, sin molestarse. Después se encaró con Mely y le dijo:

—El diablo no es invencible. Una de sus armas es el miedo que nos impone, pero no puede hacernos nada a menos que nosotros le demos facilidades. El diablo se ha fijado en ti, querida, está acosándote porque desea que formes parto de su imperio del mal, pero si eres fuerte, le derrotarás y te dejará en paz. Steve y Jo no lograron vencerle y enloquecieron, eso les llevó a la muerte, pero tú sí tienes tu oportunidad. Eres un elemento todavía puro, no estás viciada por nada.

—¿Cómo puedo vencerle? —interrogó Mely con un hilo de voz.

—¿Sabes lo que es un viaje astral?

—No muy bien.

—Consiste en que tu espíritu salga de tu cuerpo y se sumerja en una cuarta dimensión donde el tiempo y el espacio no cuentan. Te propongo un viaje astral para que desafíes al diablo, para que te encuentres con él y puedas vencerle si es que le consideras con fuerzas para ello.

—Cuidado, Mely, eso puede ser peligroso para tu mente — le advirtió Leo —. He oído algunas cosas al respecto y sé de gente que ha enloquecido.

—Lo que dice el joven es un riesgo a tener en cuenta, pero si no vences al diablo, te perseguirá allá donde quiera que vayas. Se dará cuenta de tu debilidad y no te dará tregua hasta hacerle suya.

—Estoy dispuesta —dijo Mely.

—Bien. Esto no es una sesión de espiritismo al uso; trataremos de que

hagas ese viaje astral mientras yo invoco al diablo.

—¿Usted conoce al diablo?

—Sí —asintió Carla Hillock—. Tuve un viaje astral y desde aquel momento me dejó en paz, ya no le temo.

—Pero ¿cómo podré vencerle, de qué forma?

—Eso lo sabrás tú misma cuando llegue el momento. Yo sólo puedo decirte que le hagas frente. El diablo no combate siempre de la misma manera, lo hace según sea su adversario.

—De acuerdo, estoy dispuesta.

—Que tengas suerte, querida.

No se tocaron unas manos con otras, pero permanecieron sobre la mesa.

Carla Hillock pidió a Mely que se concentrara, que respirara muy despacio y cerrara suavemente los ojos.

Mely siguió sus indicaciones. Carla suplicaba que le fuera concedido a la joven el privilegio del viaje astral. Leo, incrédulo, era un espectador silencioso.

Pasaron segundos, luego minutos que a Mely le parecieron una eternidad.

Se hizo la oscuridad total en su cerebro y como si se estuviera separando de sí misma, fue saliendo su espíritu del cuerpo: era como si Mely se desdoblara en dos.

Leo captó que le ocurría algo extraño y el cuerpo de la joven comenzó a enfriarse mientras su espíritu volaba en círculo sobre la mesa.

—Satanás, yo te invoco! —Gritó de pronto la médium—. ¡Esta criatura acosada por ti te hace frente y te va a derrotar! ¡Lucha, Satanás, lucha o escóndete bajo las rocas más negras de tu imperio infernal y que esta criatura halle la paz!

La médium siguió invocando a Satanás. Mely la oía como una cosa muy lejana, casi inaudible.

Mely se vio a sí misma sentada frente a la mesa mientras su espíritu viajaba hacia lo desconocido, a un mundo sin tiempo ni espacio. Era una sensación que producía vértigo.

Carecía del lastre que significaba un cuerpo físico y era como si volase por encima de montañas nevadas, sobre los mares o cruzando desiertos. De pronto, topó y se pegó a una gigantesca tela de araña. Quiso desprenderse de aquella trampa, no pudo y el gigantesco arácnido de ocho patas avanzó hacia ella. Mely lo miró y sin temor le dijo:

—No te temo. Satanás.

La araña avanzó hasta colocarse sobre el cuerpo desnudo de la joven. Esta se vio rodeada por las ocho patas y por la boca del arácnido. La bolsa de veneno debía estar repleta de ponzoña.

Mely se quedó quieta; se produjo como una gran explosión de luz y la araña y su tela desaparecieron.

Siguió viajando por el espacio y el tiempo y se vio dentro de lo que podía ser un baño romano para mujeres. Allí había mujeres desnudas, bañándose y

también amándose entre ellas.

Se fijaron en Mely y tres de ellas se le acercaron, comenzando a acariciarla. Mely sintió las manos sobre su cuerpo espiritual como si fuera un cuerpo físico real.

—¡Alejaos de mi, secuaces de Satán! — les gritó.

No la dejaron. En cambio, avanzó otra mujer más robusta y más hermosa. Se pegó a ella buscando su boca para besarla y le dijo:

—Conmigo encontrarán el verdadero placer. Tu cuerpo vibrará Como jamás hayas podido soñar.

—¡Aléjate de mí, Satanás!

Cuando aquellas mujeres diabólicas ya la obligaban a tumbarse, todas desaparecieron.

En medio de grandes luces de colores se vio transportada a un palacio islámico, no sabía de qué época. Un hombre alto y apuesto la contempló en toda su belleza y dando dos palmadas, hizo que avanzaran varias esclavas portando bandejas repletas de joyas que fueron poniendo a los pies de Mely.

Eres la mujer más hermosa entre las hermosas. Tú serás la única y todas estas joyas realzarán la belleza de tu cuerpo. Sólo tienes que dar la orden de que mis anteriores concubinas sean eliminadas.

Mely sintió dentro de sí la alegría de ser la elegida. Se sintió atraída por las joyas y supo que odiaba a todas su rivales, a cual más hermosa, y las había de todas las razas, cuando apareció por su izquierda el verdugo con una ancha y corva cimitarra, dispuesto a decapitar una por una a todas las concubinas del árabe.

—No, no quiero nada.

Mely miró al árabe y se dio cuenta de que era el rostro de Leo y con la mirada le pedía que aceptara las riquezas y el privilegio de ser escogida como la mejor.

—¡No, no! ¡Fuera, Satanás, fuera, aléjate de mí!

Se vio caminando con los pies descalzos y toda ella desnuda por un gigantesco cementerio donde el hedor era insoportable. Repugnantes insectos iban de un lado a otro por oleadas. Pasaban por encima de sus pies, los pisaba y crujían bajo sus plantas.

De las tumbas abiertas asomaban rostros pútridos y espeluznantes, rostros que sobrecogían y manos esqueléticas que se alargaban hacia ella. Mely sintió un pánico atroz al verse allí.

Los muertos entonaban una canción unánime y áspera que poco a poco se elevaba hasta provocarle dolor de cabeza. Vio avanzar a un monje extraordinariamente alto que ocultaba su rostro bajo una capucha y que se detuvo para decirle:

—Te vas a pudrir en este cementerio viviente para toda la eternidad a menos que sometas tu hermoso cuerpo a los deseos de un hombre.

—¡No!

—Tu espléndido cuerpo se llenará de gusanos que te roerán lentamente y

anidarán dentro de ti produciendo otros gusanos. Tu belleza se convertirá en la más horrible fealdad...

Aquel ser siguió hablándole de lo horrenda que habría de ser su vida en la eternidad. Al terminar, Mely se vio dentro de la galería, rodeada por los diabólicos lienzos.

Frente al cuadro de Leo estaba Mortimer besando la pintura. En realidad, la besaba a ella, las piernas, el vientre, los pechos... Sí, la besaba, enrojecido de lujuria.

Se volvió bruscamente y la descubrió tras de sí, desnuda y alcanzable con sus manos.

—Mely, te lo daré todo, te daré fama, la fortuna, pero sé mía, mía...

Mortimer la abrazó tempestuosamente. Mely, aún con el miedo de quedarse para siempre entre los muertos vivientes, lo rechazó trémula y casi sin fuerzas.

—¡Aléjale de mi, Satanás, no le tengo miedo!

Mortimer se agarró al pecho como si dentro tuviera una máquina que destrozaba sus vísceras con cuchillas afiladas. Abrió mucho la boca, se tambaleó y cayó al suelo, produciéndose como una gran explosión. Mely volvió a sentirse como transportada en medio de la oscuridad.

EPILOGO

La gente se agolpaba ante la Devil's Gallery frente a la que había detenida una ambulancia y un coche policial. En una camilla sacaron el cuerpo de Mortimer y Leo y Mely vieron su rostro congestionado.

El agente de policía que conocía a Mely se les acercó:

—¿No saben lo que ha podido ocurrir?

—No — negaron los dos.

—El señor Mortimer parece haber tallecido de un ataque cardiaco; es lo que ha dicho el forense antes de que el juez ordenara el levantamiento del cadáver. Estaba delante del cuadro en el que usted aparece pintada— le dijo a Mely—. Sin embargo, lo más raro es que todos los cuadros han aparecido negros, como si jamás hubiera habido ninguna figura pintada en ellos.

—¿Todos? — preguntó Mely atónita.

—Bueno, sólo ha quedado usted, sin el diablo que había encima. En toda la exposición sólo está usted. ¿Verdad que es asombroso?

Leo y Mely apretaron sus manos unidas y asintieron con la cabeza. Después, se alejaron por la acera mientras una cola de público aguardaba para poder presenciar el extraño fenómeno.

FIN